



Aconteceres de
Baja
California
Sur

Leonardo Reyes Silva

Crónicas

ACONTECERES DE BAJA CALIFORNIA SUR

Leonardo Reyes Silva

2106

Aconteceres de Baja California Sur.

DR. Leonardo Reyes Silva. 2016.

© 2016. Derechos reservados por el autor.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio electromecánico o digital, sin la autorización escrita del autor.

 Impreso y hecho en México.

INDICE

Prólogo	5
Los héroes en la historia sudcaliforniana	9
De un hoyo a otro	21
La mala espina	25
Un nuevo cronista de La Paz	30
Un regalo equivocado	34
Morelos, de la independencia de México	38
Hernán Cortés en California I	43
Hernán Cortés en California II	47
Leer para ser mejores	52
Dos alumnos, dos amigos	57

La calle Primo de Verdad	62
La espera desespera	67
La Secretaría de Educación Pública	71
El doctor Miguel León Portilla	75
Óscar Valdez y el destino	80
Leyendas de aquí y de allá	85
Mi esposa La Leona	90
Compañeros de dormitorio	96
Mi amigo El Gato	100
Un compadre atrabancado	105
¿Adónde irán los muertos?	111
Luto por un amigo	116
Un paraje perdido y San Evaristo	121
Dos años ya	125
Baja Sur ¡Ajúa!	130
Un toro alzado y una güera correlona	134
Un navegante y el galeón San Salvador	139
Los veneros del diablo en Baja California	144
La Paz y sus cronistas	148
Como Chayito no hay dos	153
Un revolucionario civil: Modesto C. Rolland	158
Por fin: Archivo Municipal de Los Cabos	163
Valentín Castro y la sudcalifornidad	167

Prólogo

Con la mejor de las intenciones he publicado este libro al que titulado ACONTECERES DE BAJA CALIFORNIA SUR. Son crónicas escritas en los años de 2015 y 2016 y muchas de ellas se refieren a sucesos del pasado, así como también a acontecimientos de los tiempos presentes.

A propósito he recalcado el nombre oficial de nuestro Estado, habida cuenta que un cierto sector de nuestra sociedad —empresarios, publicistas, medios masivos de comunicación, entre otros— por comodidad o con toda intención suprimen la palabra California y lo designan como Baja Sur.

En dos de mis libros anteriores he utilizado los términos Antigua California y la California Mexicana como sinónimos históricos del nombre de nuestra entidad. Y es que el vocablo California tiene hondas raíces de nuestro pasado que no debemos desconocer, ni olvidar.

Mis crónicas, todas las que escrito a través de los años, siempre han estado impregnadas de californidad o, si se quiere, de sudcalifornidad. Si hay algo de lo que me siento orgulloso es haber contribuido a la divulgación de la historia de Baja California Sur, de sus tradiciones, costumbres y su cultura en general.

De las crónicas que aparecen en el presente volumen, muchas de ellas se publicaron en el periódico el Sudcaliforniano y también se subieron al blog <http://leonardoreyessilva.blospot.com>. Aquí quiero mostrar mi agradecimiento a Gerardo Ceja García por su inestimable ayuda para que estos artículos se dieran a conocer.

También merece mi especial reconocimiento al señor Luis Rosas Meza, encargado de los Talleres Gráficos del municipio de La Paz, por el cuidado que ha puesto en la edición de mis libros. Y con él a los impresores de esa dependencia oficial.

Por último, espero que los niños, los jóvenes y los adultos que lean estas crónicas, encuentren un motivo más para conocer los hechos pasados y recientes que son los que permean la vida de la sociedad sudcaliforniana. Pero, además, que su lectura conlleve gratos momentos de reflexión y de esparcimiento que es, al fin y al cabo, lo que se pretende al dar a conocer esta clase de escritos.

Así pues, dejo a su criterio los acontecimientos de Baja California Sur.

Leonardo Reyes Silva

LOS HÉROES EN LA HISTORIA SUDCALIFORNIANA

Los héroes siempre han acompañado a los hombres al través de la historia de la humanidad. Si nos atenemos a su definición de que un héroe es una persona admirada por sus hazañas y virtudes, capaz de realizar actos que requieren mucho valor —actos heroicos—, efectivamente la historia da cuenta de ellos desde los tiempos remotos de la antigua Grecia y de Roma (Solón, Alejandro Magno, Pericles, Jerjes, Pompeyo, Julio César, Cicerón) Y conforme transcurren los siglos, en la época medieval, en el renacimiento, en el modernismo, los héroes han estado presentes y de diversas maneras han contribuido a las transformaciones de la sociedad.

Los héroes tienen una existencia histórica, es decir, son constructores de la realidad que vivimos y aparecen en la medida de las necesidades de la sociedad que los toma como guías, como ejemplos, como modelos, como legitimadores de las injusticias y los abusos, como generadores de esperanzas. Además, y esto es trascendente, son generadores de la identidad de los pueblos.

Tomas Carlyle, uno de los grandes pensadores ingleses del siglo XIX, —él murió en 1881—, es autor de seis conferencias que reunió en un libro que tituló “Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia”. Afirmó en esas conferencias que todo lo importante que se ha hecho en la historia, ha sido la obra de los grandes hombres. Los grandes periodos históricos, los grandes movimientos religiosos o políticos, han sido la creación de los grandes hombres.

Pero Carlyle concibe el surgimiento de las grandes personalidades debido a la influencia del medio social. Representan una respuesta precisa, definida a las circunstancias de la época que le ha tocado vivir, surgen en el momento que la humanidad los necesita. (Churchill, Lenin, Lutero, Hidalgo, Juárez) Responden a una necesidad moral y social. Son los salvadores de las grandes crisis históricas, aparecen cuando todo amenaza derrumbarse, desplomarse. (Churchill, Carranza, Villa, Zapata,) Por eso se les considera revolucionarios, porque destruyen lo falso, lo quimérico, lo carcomido. Son iconoclastas porque destruyen las falsas imágenes que han apartado al hombre de la realidad, del verdadero sentido de la existencia.

Dice el doctor Ignacio del Río que a los héroes se les tiene que suponer dotados de cualidades de un orden superior que los constituyen en seres suprahumanos. Figuras ideales, los héroes son, en último análisis la expresión de lo imposible, (Madero, Juárez, Nelson Mandela) quinta esencia de las cualidades humanas, la representación de lo humano ideal, es decir, lo humano que nos resulta inalcanzable.

Los héroes lo son por la intensidad de sus convicciones, responden hacia aquello a los que han sido llamados. A ellos no les importan los sacrificios, los tormentos, los sufrimientos, las luchas que ha de librar contra la incomprensión de los suyos, de su país, del mundo entero. Las más de las veces son figuras solitarias que desafían a los problemas sociales y políticos de su tiempo.

La crítica que se hace a estos conceptos sobre los héroes tiene que ver con las nuevas concepciones de la historia, sobre todo por las nuevas corrientes historiográficas de los Anales y la Historiografía Marxista, que ya no toman en cuenta el acontecimiento político y el individuo como protagonista típico de la historiografía contemporánea, sino

por los procesos y las estructuras sociales. Los historiadores de estas corrientes se adhieren a un modo de escribir la historia desde el planteamiento de problemas a resolver o preguntas a solucionar. Estos autores toman conciencia de que no están escribiendo sobre el pasado reproduciéndolo fielmente, sino interpretándolo.

Al respecto Ignacio del Río complementa lo anterior aclarando que muchos tenemos una idea equivocada de que la historia es un conjunto de informes sobre hechos humanos sucedidos y el historiador un mero trasmisor de ese tipo de información. Sigue diciendo: Cuanta gente cree que el saber histórico consiste en una interminable lista de fechas y nombres de lugares y personas. No, el objeto de la historia no es simplemente informar sobre los hechos del pasado, sino de explicare aquellos procesos históricos, que las distintas generaciones humanas vamos teniendo como determinantes y significativos. Explicar, asevera Del Río, quiere decir no sólo dar cuenta sino también dar razón de lo sucedido. Informar es lo fácil, explicar es el gran reto para los historiadores.

Así las cosas, independientemente de lo que pensaron historiadores y ensayistas, hoy el culto a los h eros está sujeto a nuevos planteamientos. Enrique Krauze en su libro “De h eros y mitos” dice que los h eros son necesarios y deseables, pero así como en la infancia funcionaron como motores de ideales y de imaginarios, en la adolescencia y en la madurez deberán ser revisitados para que en nuestra conciencia los desmitifiquemos y finalmente podamos exhumar (y con ellos traerlos a tierra firme) a los seres de carne y huesos que la historia oficial elevó a un Panteón olímpico immaculado, lejos de una comprensión cercana y humana.

En su serie de televisión que presentó hace varios años a la que llamó “H eros de carne y huesos” recorre dos siglos de la historia de nuestro país a través de sus hombres de poder —caudillos, emperadores, dictadores y presidentes— personajes excepcionales que imprimieron su huella en el acontecer de México, pero sobre todo hombres reales, con virtudes y defectos, alejados de la imagen engañosa del “h eroe de bronce” fabricado por la historia oficial.

Y después de este preámbulo debemos preguntarnos  Existen h eros en la historia de nuestro Estado?  Cu l fue su desempeño en el acontecer político y social de Baja

California Sur? Desde luego, si nos atenemos al concepto de lo que son los héroes, la respuesta es afirmativa, sobre todo en el periodo independiente de nuestro país, en los siglos XIX y XX.

Un héroe sobresale durante las guerras de las intervenciones norteamericana y francesa. Se trata del general Manuel Márquez de León, defensor de la soberanía nacional en los años de 1847 y 1848 contra las fuerzas invasoras norteamericanas y después, en 1862 a 1867, combatiendo contra los invasores franceses. Cuando el filibustero William Walker en 1853 se apoderó de La Paz, Márquez de León preparó un contingente para rescatar a la ciudad. Y en 1879 se opuso con las armas al gobierno dictatorial del presidente Porfirio Díaz. Durante toda su vida fue un ardiente defensor de la soberanía nacional, alertando sobre el peligro de la dominación de los Estados Unidos.

También en la guerra de la intervención norteamericana, por sus hazañas, son considerados héroes Manuel Pineda, José Antonio Mijares, Vicente Mejía, José Matías Moreno, incluso los padres dominicos Vicente Sotomayor y Gabriel González, por el sólo hecho de haber defendido a riesgo de su vida la soberanía sudcaliforniana.

Y ya en los principios del siglo XX, destaca la figura del general Félix Ortega Aguilar continuador de la Revolución Mexicana, después del artero asesinato del presidente en funciones don Francisco I. Madero. Y claro, otros hombres que lo acompañaron como Martiniano Núñez, Hilario Pérez, Benito Estrada y otros más. Por sus virtudes y participación en el movimiento revolucionario puede considerarse heroína la señora Dionisia Villarino y también por sus grandes cualidades como educadora a la maestra Rosaura Zapata Cano.

En nuestro Estado han existido mujeres y hombres notables cuyas acciones son reconocidas por nuestra sociedad. Los restos de siete de ellos se encuentran en la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres. Y desconozco si cinco de ellos, con excepción de Márquez de León y la maestra Zapata, pueden considerarse como héroes. Me refiero al general Agustín Olachea Avilés, los maestros Jesús Castro Agúndez y Domingo Carballo Félix, el historiador Pablo L. Martínez y el revolucionario Ildefonso Green. Se les ha denominado Ilustres como lo son otros sudcalifornianos de nuestro pasado lejano y reciente. Mauricio

Castro, Filemón C. Piñeda, Gastón J. Goureaux, Agustín Arriola, Francisco Cardoza Carballo, Félix Alberto Ortega Romero, Néstor Agúndez Martínez, etc.

Pero en Baja California Sur existen muchos héroes anónimos defensores de nuestro patrimonio. Se trata de los que forman parte de las organizaciones no gubernamentales que están luchando a capa y espada por la conservación del medio ambiente de nuestra tierra. Ellos se han opuesto con valentía a los megaproyectos turísticos de Balandra, El Mogote, Cabo Pulmo y El Tecolote. Y están en protesta permanente contra la minería tóxica de Los Cardones en la zona de la sierra de La Laguna. Seguramente la historia los tomará en cuenta por sus actos heroicos.

Ahora bien, en lo que se refiere a mis libros y folletos relacionados con el pasado sudcaliforniano, todos tienen las características de lo que se ha dado en llamar historia anticuaria e historia de bronce. La razón de ello es muy sencilla. Dada mi profesión como profesor de educación primaria y después como maestro en las escuelas secundarias y preparatorias, mi intención fue escribir textos con intención didáctica, dirigidas en especial a los niños y los jóvenes de nuestra entidad.

Así aparecieron la geografía del Territorio de Baja California en 1970, después la Historia del Estado de Baja California Sur, en 1975 y en los años siguientes las biografías del general Manuel Márquez de León, Rosaura Zapata Cano, del general Agustín Olachea Avilés y del historiador Pablo L. Martínez. También en el 2008 apareció el libro “Tres hombres ilustres de Sudcalifornia” con las semblanzas del padre jesuita Jaime Bravo, Agustín Arriola y Manuel Márquez de León.

En el año de 2006, influenciado un poco con las nuevas corrientes historiográficas publiqué “La historia del Municipio de La Paz” y el año pasado —2014— el más reciente que se llama “El P. Gabriel González y otros ensayos. Tengo un libro por el que siento especial predilección. Se trata de los “Relatos de la California Mexicana” en el que, además de narrar los hechos y la actuación de diversos personajes, incluyo reflexiones personales sobre los procesos que se llevaron a cabo en los diversos periodos de la historia bajacaliforniana.

Como podrán darse cuenta, yo coincido con Ignacio del Río y con Enrique Krauze de que los héroes son necesarios y deseables, sobre todo en el presente donde las influencias del poder transnacional y sus afanes de dominio amenazan la independencia de los países y, en el caso de Baja California Sur, la presencia cada vez mayor de extranjeros apropiándose de nuestra tierra, exigen que recordemos a las mujeres y los hombres que en el pasado defendieron las mejores causas de los sudcalifornianos, en especial la defensa de su soberanía.

Aunque muchos confiados políticos e intelectuales dicen que no hay peligro por los procesos de la transculturación, lo cierto es que hay señales alarmantes de la pérdida de identidad a todo lo largo de la península. Lo prueba la publicidad de la propaganda turística en inglés refiriéndose a nuestra entidad como Baja Sur. Una revista que se edita en la parte sur del estado se anuncia como Los Cabos, Baja Sur, México. Y ya es común en cualquier evento deportivo utilizar los términos baja sur como sinónimo de Baja California Sur. Y, en el peor de los casos organizar concursos y exhibiciones deportivas con nombres en inglés

Desde hace varias semanas los periódicos han dado cuenta de eventos con los nombres de Score Baja Sur 500, I trail Run en San Bartolo, Off Road Baja Sur 500 en Loreto, Warriors Baja Race 2015 en La Paz.

En un mapa de Baja California que una empresa particular editó hace tiempo, dice en inglés “Visit Baja Sur” y un Atlas Topográfico publicado en 1991 en la Joya, California lleva el nombre de “Baja Explorer”. Así podemos mencionar otros casos donde los términos en inglés están en todas partes. En los nombres de los comercios, en los hoteles, en las propiedades rústicas, etc.

Por eso, es necesario que todos, niños, jóvenes y adultos, convertidos en héroes anónimos, hagamos un frente común a fin de defender lo que por tantos años atrás nos legaron nuestros antepasados. Las generaciones futuras seguramente nos lo agradecerán.

Abril 211 de 2015.

DE UN HOYO A OTRO

De plano a los sudcalifornianos nos va como en feria. Aparte de los hechos sangrientos y de la *revolufia* de las elecciones, que no son poca cosa, tenemos la amenaza de una iniciativa de ley que fue aprobada por la cámara de diputados en menos que canta un gallo.

Me refiero a la propuesta de dos diputados del PRI para que los extranjeros puedan adquirir en propiedad terrenos de playa para uso habitacional. Esta iniciativa la presentaron en el mes de abril de 2013 y quince días después la cámara de diputados la aprobó, faltando solamente ser votada en la de senadores y en la mayoría de los congresos de los Estados.

No hemos salido del problema en que estamos por culpa de los inversionistas extranjeros y mexicanos que quieren la minería a cielo abierto y de la amenaza de otros pretendiendo la construcción de grandes megaproyectos turísticos en zonas protegidas de nuestra entidad. Y si a lo anterior le agregamos la pérdida de nuestras playas —las que nos quedan—, bien podemos exclamar: ¡nos está llevando la fregada!

Y no es poca la tajada que se pretende con esta iniciativa que en mala hora presentó el diputado Beltrones. Son once mil kilómetros de litoral que serán afectados de los estados de Sonora, Sinaloa, Colima, Nayarit, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo y otros más. Desde luego dos de los más afectados son Baja California Sur y Baja California.

Dicen los que saben de estas cosas que la culpa es de la política neoliberal donde el Estado abandona las esferas del derecho público y lo sustituye por la privatización. Lo que no pensaron nuestros representantes populares es que la privatización va a generar una presión inmobiliaria especulativa sobre estas zonas hasta ahora restringidas, porque es mentira que los extranjeros van a respetar el contenido de la iniciativa. Antes al contrario, con sus derechos de propiedad podrán subarrendar y recibir huéspedes de paga.

Además, con la susodicha reforma, los extranjeros cerrarán las playas hasta ahora públicas, las que por cierto ya son muy pocas. Y de esto hay pruebas palpables. Nomás hay que ver el corredor San José-Cabo San Lucas donde los grandes hoteles cuentan con playas privadas que antes eran para el disfrute de los sudcalifornianos. Y así está pasando con el resto de los litorales de Baja California Sur.

Buena les espera a nuestros representantes en la Cámara de Senadores cuando tengan que votar esta iniciativa, porque de entrada este proyecto fue aprobado en la Cámara de Diputados con 356 votos a favor, 119 en contra y 12 abstenciones. Ojalá y los representantes de nuestro Estado hayan votado en contra, aunque lo dudo.

Y cuando se trate de decidir sobre esta propuesta por los senadores, estamos seguros que los nuestros —ahora suplentes, uno del PRI y otro del PAN— sin importarles su filiación política, se opondrán con toda energía y valor ciudadano a que los extranjeros nos despojen que lo que por tres siglos ha sido patrimonio de los sudcalifornianos. Así lo esperamos, por su bien.

Además, estamos seguros que todas las legislaturas de los Estados afectados por esta iniciativa no la aprobarán, por lo que siendo mayoría no podrá reformarse el artículo 27 constitucional. Repito aquí lo que escribió en su momento una persona preocupada por este grave atentado”. Es procedente pedir a los integrantes del Senado que detengan la

disposición y actúen con la sensatez, el sentido nacional y la visión de sociedad y futuro que no tuvieron su contraparte de San Lázaro...”

Junio 8 de 2015.

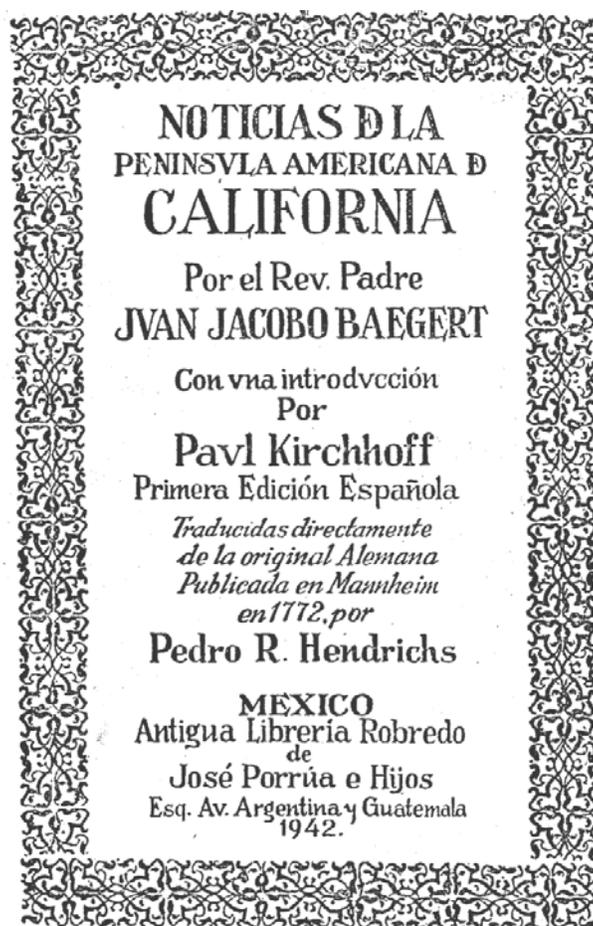
LA MALA ESPINA

El martes pasado asistí a la presentación de un libro editado por el Archivo Histórico Pablo L. Martínez. Se trata del libro “A toque de campana” cuyo autor es el estimado amigo Raúl Antonio Cota. Ante un público numeroso se refirieron a él los escritores Eligio Moisés Coronado, Sandino Gámez y Juan Pablo Rochín.

La novela de Raúl —fue publicada por primera vez en el año 2000— recrea la presencia de un sacerdote jesuita alemán que permaneció 17 años atendiendo la misión de San Luis Gonzaga y las experiencias vividas con sus feligreses que formaban parte de la tribu de los indígenas guaycuras.

Juan Jacobo Baegert fue uno de los padres que llegó a California con la misión de llevar el evangelio a los pobladores de esa desértica región de la península. Cuando regresó a su país natal en 1768, escribió un libro al que tituló “Noticias de la península americana de California”, mismo que apareció publicado en 1772. Muchos años después, en 1942, la

antigua Librería Robredo de la ciudad de México la editó en español, con un prólogo del antropólogo Paul Kirchhoff.



La presentación del libro de Raúl Antonio reviste especial importancia porque da a conocer gran parte de la vida y la obra de este misionero. Y también porque hace especial énfasis en el nombre de la península: California. Un nombre histórico que tal parece muchos quieren olvidar, como si no fuera la raíz primigenia de sus pobladores de antes y de ahora.

En efecto, unos años después de que Hernán Cortés llegara a la península en 1535, a esta región se le comenzó a llamar California y así fue conocida por navegantes, exploradores, colonizadores y posteriormente, gracias a los mapas, su nombre fue la carta de presentación en todo el mundo.

Cuando los misioneros franciscanos se establecieron al norte de la península y fundaron varias misiones, entre ellas la de San Diego, Monterrey y San Francisco, las autoridades virreinales oficializaron los nombres de Baja o Antigua California y la Alta o Nueva California. Y fue así, como resultado de la guerra con los Estados Unidos en 1846 a 1848, este país se quedó con más de la mitad de nuestro territorio nacional, incluyendo la Alta California a la que le llamó simplemente California, mientras que nosotros nos quedamos con la Baja California.

Y ese es el nombre que nos pertenece, aunque en mala hora cuando nos convertimos en un nuevo estado de la federación en 1974, determinaron que se llamara Baja California Sur. Quedamos entre dos vocablos, baja y sur y ahora, por intereses inconfesables, tratan de llamar a nuestra entidad BajaSur.

Y no son cualquier cosa los que pretenden hacerlo. Son grupos de poder y dinero, publicistas del boato turístico, inversionistas que por medio de la adquisición ilegal de tierras buscan a mediano o largo plazo apoderarse de lo que por muchos años ha sido patrimonio de los bajacalifornianos. Su territorio.

Y no vamos muy lejos. En comentario anterior aparecido en el Sudcaliforniano, señalé la pretensión de un conductor de la NBC, con el apoyo del Fideicomiso de Turismo de La Paz, de grabar un programa de pesca deportiva al que llamará “Destination, Baja Sur”. Y ahí dije que era una aberración dado que el nombre correcto es Baja California Sur o Sudcalifornia.

Pero, como siempre nadie hace caso a nuestras protestas. Ni las autoridades de gobierno, ni las instituciones de cultura, ni alguna ONG se han sumado para defender lo que legítimamente nos pertenece. Tal parece que se ha perdido el orgullo de ser bajacaliforniano. Definitivamente es una mala espina clavada en el corazón de los que amamos esta tierra.

Junio 24 de 2015.

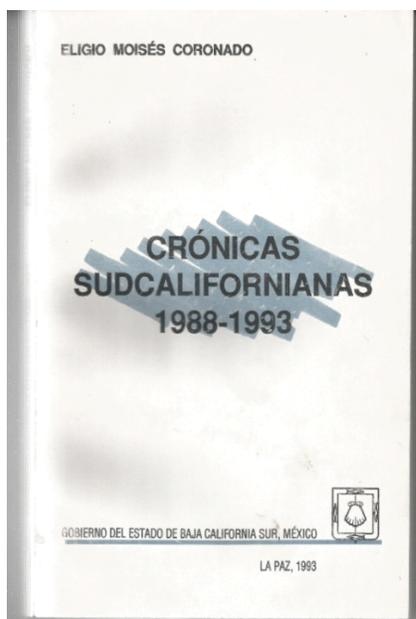
UN NUEVO CRONISTA DE LA PAZ

Ya se esperaba. El cabildo del XV ayuntamiento de La Paz designó en días pasados al nuevo cronista en sustitución del historiador Eligio Moisés Coronado. Durante cuatro años y medio en la administración del XIV ayuntamiento, el maestro Coronado desempeñó su cargo con la actividad que le es característica.

Durante ese tiempo escribió un sinnúmero de crónicas que aparecieron en el periódico El Sudcaliforniano, mantuvo un blog al que llamó La página del cronista y en la televisión digital *Ola tv* presentó una serie que llevó el título “Sudcalifornia, nuestra historia”. Y para cerrar con broche de oro su labor como cronista, el Archivo Histórico Pablo L. Martínez le publicó el libro “California del Sur para principiantes” que contiene los textos de sus presentaciones en *Ola tv*.

Eligio Moisés Coronado es un distinguido historiador y cronista de Baja California Sur. Durante su paso como responsable de esa área en el gobierno del Estado en los años de

1988 a 1999, además de los artículos periodísticos, editó la revista trimestral *Crónicas* y el libro titulado *Crónicas Sudcalifornianas, 1988-1993*.



Crónicas sudcalifornianas, 1993.

La participación de los cronistas en el municipio de La Paz ha estado presente desde que en 1972 se restableciera el primer ayuntamiento, bajo la presidencia del ingeniero Alfonso González Ojeda. De ellos podemos mencionar al doctor Francisco Javier Carballo, Carlos Domínguez Tapia, Alejandro Angulo Green y el que escribe que fungió como tal durante diez años.

Ahora, el cabildo nombró a Luis Domínguez Bareño como cronista de la ciudad de La Paz. Ignoro las cualidades que tiene al respecto y sus publicaciones en torno al municipio y nuestra capital. Como tal desempeñará también el cargo de Secretario del Comité Técnico de Nomenclatura de calles, monumentos y placas conmemorativas del mismo municipio.

Por cierto, me extrañó que se haya cambiado el nombre a esa dependencia, dado que desde los tiempos del XI ayuntamiento, durante la administración del licenciado Víctor Manuel Guluarte Castro, el cabildo aprobó el Reglamento de la Comisión de Nomenclatura, Numeración, Monumentos y Placas Conmemorativas.

El mismo reglamento establecía, si mal no recuerdo, que los integrantes de la comisión serían, entre otros, un representante de la dirección de Correos, otro de la SEP y uno más de INEGI. Por costumbre, el presidente era un regidor del ayuntamiento. Al menos hasta en el XII, en que el licenciado Armando Martínez Vega fue el que encabezaba la comisión.

Ahora que siempre hemos reconocido la importancia de la Comisión de Nomenclatura, sobre todo porque anteriormente cualesquier persona con autoridad se creía con el derecho de ponerle nombre a las colonias, fraccionamientos y calles. Por eso hay calles de la ciudad con nombres de personajes totalmente desconocidos. O la colonia INDECO con sus calles de pico de gallo.

Hace ya 9 años que el cabildo, a propuesta de la Comisión de Nomenclatura, aprobó los nombres de las calles de El Sargento, El Pescadero y una fracción de El Centenario. No sabemos si ya se cumplió con esa disposición. También se aprobó ponerle el nombre de Ulises Urbano Lassepas a una avenida del fraccionamiento Santa Fe, pero hasta la fecha se ha ignorado.

Con esto quiero decir que las recomendaciones de la Comisión —o Comité si es lo mismo— deben tener validez ante el cabildo, si quiere cumplir con su cometido.

Diciembre 8 de 2015.

UN REGALO EQUIVOCADO

Por costumbre, en el día de mi cumpleaños y en Navidad mis hijos me regalan prendas de vestir, algunas de las cuales pasa mucho tiempo sin estrenarlas. A mi edad y sin buscar mejorar mi apariencia, los regalos permanecen en el armario durmiendo al lado de sus etiquetas.

A veces, esto ha sido motivo de quejas de mi familia por lo que consideran un desprecio a sus afanes de agradarme. En ocasión reciente, mi hija Ana María me reprochó porque un traje que me regaló el año pasado todavía no lo había usado y vaya, ni me acordaba de que lo tenía en mi guardarropa.

Fue por eso que la semana pasada me dediqué a buscar los regalos y encontré una playera de manga larga propia para estos meses de frío. —“Ésta si me va a servir” —me dije— y sin pensarlo mucho la aparté para ponérmela al día siguiente. Como la vi superficialmente no me di cuenta de las leyendas impresas en ella, cosa común en esta clase de prendas.

Por la mañana, protegiéndome con ella, me dirigí a las oficinas del agua potable que se encuentran cerca de la Escuela Normal Urbana, con la buena y a la vez mala suerte de encontrar a un estimado amigo quien también andaba en esos menesteres. Después de los saludos de rigor, se me quedó viendo y no dudó en decirme: — ¿Oye, no eres tú uno de los que defiende a capa y espada que no se le llame a nuestra tierra Baja Sur?



La playera. Prueba del delito.

Me extrañó la pregunta pero lo contesté afirmativamente. Pero a mi vez le repliqué: — ¿A qué viene la pregunta? Y entonces para mi sorpresa y bochorno me dijo: “Porque traes en tu playera la propaganda que dice lo contrario”. Certo, en ese instante me quité la prenda —traía una camiseta debajo— y en efecto en la parte que da a la espalda decía Baja

Sur, México, con letras grandes y una estampa con una montaña, un cardón, un coyote y un conejo.

No me lo van a creer, pero volví a mi casa apresuradamente, llevando la dichosa playera apretujada entre mis manos. La guardé en lo más profundo del clóset, y ahí permanecerá como recuerdo de la metida de pata que casi da al traste de mis convicciones. Y es que yo he sido, junto con otros buenos escritores y periodistas sudcalifornianos, defensor acérrimo de que no se mutile el nombre de nuestro Estado.

Apenas ayer, Eligio Moisés Coronado, en sus crónicas sudcalifornianas, insertó el decreto del gobierno del Estado que prohíbe la utilización del término Baja como sinónimo de Baja California Sur. Y prescribe multas para todos aquellos que no respeten lo estipulado en ese documento oficial. Y a como están las cosas, será conveniente un decreto más en el que se prohíba también el uso de Baja Sur que ya es utilizado por comercios, revistas, eventos deportivos, publicidad turística y párele de contar.

¿Se imagina usted cuantas playeras con ese letrero ofensivo andan exhibiendo los habitantes de La Paz y otros pueblos de nuestro Estado? O pensar que haya otras prendas u objetos que venden en los comercios que también ostentan esa leyenda. Como si fuera una campaña orquestada por personas o grupos que persiguen fines inconfesables, a la que no son ajenos mexicanos mal nacidos y extranjeros con afanes de dominio territorial.

Total, me disculpé con el amigo que me hizo el reproche y le prometí escribir un artículo a manera de crónica sobre este regalo equivocado y la imprudencia que cometí al exhibirlo. Si lo lee, ojalá ya no dude de mis convicciones de seguir defendiendo el nombre de Baja California Sur.

Diciembre 16 de 2015.

**MORELOS, DE LA INDEPENDENCIA
DE MÉXICO**

Este 22 de diciembre, la figura egregia de don José Mará Morelos, el héroe de la independencia de nuestro país, representada en el monumento localizado en un pequeño jardín de nuestra ciudad, estuvo más solitaria que nunca. Solitaria como debió estarlo en vida aquel hombre que fue fusilado en esa fecha por orden del gobierno virreinal español, en el año de 1815.

Continuador de la lucha iniciada en 1810 por don Miguel Hidalgo, libró frecuentes combates contra las tropas realistas en Acapulco, Tixtla, Izúcar, Taxco y Cuautla. Pero su presencia fue más significativa porque alentó la integración del Congreso de Chilpancingo que expidió la Constitución de Apatzingán, el 22 de octubre de 1814.

Para su tiempo la constitución fue un conjunto de leyes que llenaba las aspiraciones de un pueblo que había sido dependiente de un dominio extranjero durante tres siglos. En ella apareció por primera vez las facultades de la soberanía la que residía originariamente en el pueblo y que eran atribuciones de la soberanía la facultad de dictar leyes, la facultad de hacerlas ejecutar y la facultad de aplicarlas en los casos particulares. Todo esto a través de tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

A través de 22 capítulos, la constitución hace referencia a los ciudadanos, forma de gobierno, de la elección de diputados al Congreso, del Supremo Gobierno, etc. Por cierto, cuando hace mención de las provincias que comprende la América Mexicana, no hace mención de la Baja California.

Pero mientras el Congreso sesionaba con miras a la aplicación de los postulados constitucionales la guerra continuaba. Con victorias y derrotas, las fuerzas insurgentes defendían palmo a palmo las regiones conquistadas. Y a pesar de la superioridad numérica de las tropas realistas los patriotas mexicanos nunca se arrendaron.



Cuando, como resultado de una traición, Morelos fue hecho prisionero, juzgado, excomulgado y sentenciado a muerte, allá en las montañas del sur otros caudillos sostuvieron la bandera de la independencia, como Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria. Al final de la guerra en 1821, correspondió a Guerrero y el jefe realista Agustín de Iturbide, jurar la independencia de México del dominio español.

Fueron 21 años de luchas permanentes, desde que don Miguel Hidalgo las iniciara el 16 de septiembre como el mismo Morelos, Galeana y Matamoros.

Por eso, por la trascendencia histórica de ese movimiento libertario es que los mexicanos no debemos olvidarlo. Por eso también la llamada de atención del reportero Miguel Rubio en el sentido de que el congreso local no hubiera recordado esa fecha importante en los anales de nuestro país, sobre todo porque la sala de sesiones lleva el nombre del insurgente más destacado de la independencia nacional.

Lo mismo se podría decir de la escuela secundaria que se encuentra frente al monumento y que lleva el nombre de José María Morelos y Pavón. Aunque se justifica la disculpa por el periodo de vacaciones, estoy seguro que en sus clases de historia sus maestros realzarán la vida y los hechos de este mexicano ejemplar el que, a pesar de los 200 años de su sacrificio, aún vive en el recuerdo de todos los que habitamos este país independiente y libre.

Diciembre 29 de 2105.

HERNÁN CORTÉS EN CALIFORNIA

1

El pasado mes de diciembre, el día 2 pero de 1547, murió en Castilleja de la Cuesta, una pequeña comunidad cercana a la ciudad de Sevilla, el llamado conquistador de México, Hernán Cortés. Respetando su última voluntad, sus restos descansan en la capilla anexa del antiguo Hospital de Jesús en la capital de nuestro país.

El nombre de este personaje está ligado con la historia de la Baja California, ya que a él se le atribuye la fundación de nuestra ciudad un 3 de mayo de 1535. Ese día tomó posesión de la tierra recién descubierta y al lugar donde desembarcó le puso por nombre Puerto y Bahía de Santa Cruz. Y así se le siguió llamando hasta que Sebastián Vizcaíno en 1596 lo cambió por el de La Paz.

Desde ese año, La Paz fue un lugar visitado por los exploradores y los que se dedicaban al comercio de perlas. El último que llegó ahí fue el almirante Isidro de Atondo y Antillón quien le llamó Nuestra Señora de Guadalupe, pero el nombre no prosperó.

En 1720, los padres Juan de Ugarte, Jaime Bravo y Clemente Guillén establecieron la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, quedando como residente el jesuita Bravo.

Construyó una pequeña iglesia que con el tiempo desapareció, ignorándose el lugar exacto donde estaba.

Y ya a partir del año de 1821 La Paz comenzó a poblarse con familias permanentes, a tener sus propias autoridades y aprovechar su lugar estratégico para el comercio marítimo. En 1830 se convirtió en la capital del entonces territorio de la Baja California.

Han pasado 480 años desde que Hernán Cortés llegó a nuestra península. Y en las últimas décadas las autoridades organizan los festejos de la fundación de La Paz. Escenifican el desembarco de las fuerzas expedicionarias españolas y el recibimiento que les hicieron los indígenas guaycuras ese tres de mayo, con la reina Calafia al frente.

Son los días en que se menciona el nombre de Hernán Cortés como el personaje principal de ese hecho histórico. Pero pasados los festejos nadie se acuerda de él, como si el recuerdo y el reconocimiento de su obra estuvieran vedados para los sudcalifornianos. Y no debe ser así.

Son muchos los que aseguran, entre ellos Carlos Lazcano, que fue Hernán Cortés quien llevó a cabo el primer intento por colonizar la península estableciendo la comunidad de Santa Cruz, la primera que hubo en Las Californias. Y Lazcano aclara que *“en casi todas las ciudades del mundo se hace un reconocimiento a sus fundadores y pioneros; sin embargo, en el caso de la ciudad de La Paz esto no parece cumplirse. Ahí no existen calles que lleven el nombre de Cortés, ni monumentos levantados a su memoria, ni siquiera una placa que recuerde sus afanes por establecer aquí una comunidad hispana...”*

En efecto, Cortés tenía la firme intención de crear un establecimiento permanente en Santa Cruz y por eso se hizo acompañar de más de 300 personas, incluyendo 37 mujeres, dos sacerdotes franciscanos, herreros, carpinteros, médicos, cartógrafos, además de indios amigos y esclavos. Junto con los caballos embarcó ganado y aves de corral.

Es de creerse que con estos recursos humanos inició la construcción de un poblado con estancias para él y sus principales lugartenientes, una iglesia para los santos oficios y todo ello rodeado de una cerca para impedir el acoso de los indígenas. Un terreno

acondicionado como panteón sirvió para enterrar los restos de los veinte marinos que perdieron la vida en la malograda expedición de Fortín Jiménez.

De todo lo anterior se desprende la conclusión de que Cortés tenía la firme intención de colonizar la tierra recién descubierta y fue por eso de su larga estancia en Santa Cruz. Firme en esa convicción él, junto con su gente, pasaron penalidades, hambre, enfermedades y muerte. Y para completar el drama de la colonización siempre tuvieron la amenaza permanente de los indios guaycuras.

Enero 07 de 2016.

HERNÁN CORTÉS EN CALIFORNIA

2

Cortés permaneció un poco más de un año en Santa Cruz, de mayo de 1535 a junio de 1536. Fue mucho tiempo para un hombre que trató de encontrar algo más en esta tierra árida y desconocida. Dicen los historiadores que contra su costumbre, no dejó nada escrito sobre sus experiencias en ese remoto lugar de la Nueva España.

No lo hizo porque no hubo nada trascendente que fuera de interés para las autoridades virreinales, aunque después, por informes de aquí y de allá, se fueron conociendo pormenores de su estancia en la península.

Se sabe que organizó al menos cuatro expediciones por tierra para conocer la parte sur y la región al norte a la altura de Bahía Magdalena. Y en la última, al mando del capitán Juan de Jasso, se conservan las instrucciones que escribió Cortés para el caso de encontrarse con grupos indígenas, yacimientos de metales y sitios susceptibles para establecer nuevos poblamientos, además de la flora y la fauna de la región.



Hernán Cortés, fundador de la ciudad de La Paz.

Es notable la actitud de Cortés respecto al trato con los indígenas. A pesar de que siempre los tuvieron como enemigos, incluso causantes de la muerte de varios soldados, ordenó a Jasso que los tratara con consideración, evitando las confrontaciones armadas y el respeto a sus formas de vida.

La expedición de Juan de Jasso salió de Santa Cruz en el mes de julio de 1535. Lo acompañaron soldados de a pie como de caballo. Con él iba Francisco de Ulloa quien después tuvo un papel relevante como navegante. Después de 80 días de recorrido regresaron a Santa Cruz. Salvo por su travesía por la costa de la Mar del Sur, Jasso no encontró nada importante que informar.

No se sabe si a partir de ese mes de julio organizó otras expediciones. Lo que si es cierto fue la mortandad que originó la estancia en Santa Cruz debido más que nada a la falta de comida y los constantes ataques de los indígenas. Y esto se supo por las declaraciones de un grupo de soldados que regresaron enfermos a la costa de Sinaloa y fueron aprehendidos por Nuño de Guzmán, el eterno enemigo de Cortés.

En un documento llamado *Provenza* esos soldados dieron testimonios de cómo fue la vida en Santa Cruz. Por ellos se sabe que la expedición desde un principio estuvo condenada al fracaso, ya que la falta de provisiones fue constante, por lo que tuvieron que mantenerse con las hierbas del campo y animalillos del monte. Después, cuando el hambre causó la muerte de muchos de ellos, aprovecharon la carne de los caballos y el ganado que

habían llevado consigo. Y no podían alejarse mucho del poblado por temor a las flechas de los indios. Aun así, varios murieron por esta causa.

Lo cierto es que la expedición de Cortés a California fue un rotundo fracaso. Cuando al fin, ante la insistencia del virrey Antonio de Mendoza volvió a la capital de la Nueva España, tuvo que aceptar lo difícil que fue sobrevivir en esa inhóspita región. Aunque terco como era, sin perder la esperanza sobre lo promisorio de esa tierra, dejó parte del contingente en Santa Cruz los que, después de varios meses, tuvieron que regresar a la contracosta.

Aun así no cesó en su empeño. En 1539 organizó una nueva expedición ahora al mando de Francisco de Ulloa, quien recorrió y puso nombres a las islas y bahías que descubrió en el interior del Mar de Cortés y en las costas de la Mar del sur, hasta los límites de la isla de Cedros.

Fue durante esa expedición que comenzó a llamarse a la tierra descubierta como California y la certidumbre de que era península y no isla. Dice Carlos Lazcano que Ulloa es uno de los personajes más importantes de la historia del noroeste de México. Que gracias a él se completó el reconocimiento de las costas de Sonora y de casi todas de la península, incorporándolas así al dominio de España.

Hay más que decir sobre Cortés y su permanencia en Santa Cruz. Pero lo anotado es quizá suficiente para normar el criterio de los sudcalifornianos, a fin de otorgarle el reconocimiento que merece al fundador de nuestra ciudad.

Enero 11 de 2016.

LEER PARA SER MEJORES

Desde hace varios años el Consejo de la Comunicación lleva a cabo una campaña tendiente a fomentar el hábito de la lectura y para ello se vale, —uno de tantos medios— de inserciones en los periódicos con las leyendas Leer para ser mejores, Leer para aprender y Lee 20 minutos al día. Acompañan a los anuncios fotografías de artistas y deportistas, entre ellas nuestra coterránea Paola Espinoza. En el Sudcaliforniano aparece todos los días la publicidad del Consejo.

Naturalmente al hablar del fomento a la lectura debemos hacer mención de las bibliotecas públicas, ya que son los lugares donde los niños y los jóvenes tienen la oportunidad de encontrar los libros de su preferencia y disfrutar de ellos el tiempo que deseen. Además, los pueden obtener en préstamo para leerlos cómodamente en sus casas, incluso en compañía de sus familiares.



Biblioteca pública Justo Sierra, en La Paz.

Aquí en nuestra ciudad existen siete bibliotecas públicas y otras tantas de instituciones educativas. La Justo Sierra, a un lado del museo de Antropología e Historia, contiene cerca de diez mil libros diversos, entre ellos cuentos infantiles y novelas recientes. Por lo demás en el resto del Estado se encuentran funcionando 57 bibliotecas públicas que son aprovechadas por los estudiantes de los niveles básico y superior.

Y hablando de bibliotecas, en el periodo de gobierno del licenciado Ángel César Mendoza Arámburo se inauguró la Biblioteca de las Californias, con un acervo de libros referentes a la historia, la cultura y el arte de Baja California. Allí se encontraba la colección completa The Baja California Travels Series de la Dawson Bock Shop y otros libros de autores extranjeros y mexicanos.

Durante el gobierno del licenciado Leonel Cota Montaña esa institución desapareció y a la fecha no se sabe bien a bien en manos de quien quedó ese importante acervo bibliotecario. Lástima porque muchos interesados en la historia de nuestro pasado acudían —yo entre ellos— a esa biblioteca en busca de información.

La referencia viene al caso porque a fines del año pasado el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, a través de su Coordinación de Fomento Editorial, publicó un interesante libro titulado “Una expedición a la nación guaycura en las Californias” cuyo autor es James Arraj.

En una investigación que le llevó 24 años, Arraj hace referencia a muchos cronistas e historiadores como fuentes bibliográficas y como justificación a su trabajo. Por cierto, algunos de ellos de gran prestigio como Harry W. Crosby, Peter Masten Dunne, Ernest J. Burrus, Michael Mathes y por supuesto, varios investigadores sudcalifornianos como Eligio Moisés Coronado, Gilberto Ibarra Rivera y Harumi Fujita.

Y como fuentes bibliográficas quedan porque muchos de esos libros —al menos yo— no los conocemos. Un tanto por no estar traducidos al español y también por su alto precio. Puede ser que algunos de los historiadores de nuestra ciudad los hayan adquirido pero los guardan como oro molido.

Lo anterior nos lleva a sugerir la conveniencia de que el gobierno del Estado vuelva a crear la Biblioteca de las Californias en uno de los edificios que tiene disponibles y que los volúmenes iniciales sean proporcionados gratuitamente por los historiadores y escritores locales, además de las instituciones educativas que, como la UABCS, tienen colecciones de libros que han editado, así como el Instituto Sudcaliforniano de Cultura.

De tomarse en cuenta esta iniciativa, casi estamos seguros que la biblioteca contará desde sus inicios con no menos de 300 obras que se refieran a la Baja California. Y con el apoyo económico del gobierno y la iniciativa privada se podrán adquirir otras más hasta hacer de esa institución una de las más importantes de nuestra entidad.

Enero 18 de 2016.

DOS ALUMNOS, DOS AMIGOS

Ayer desayuné con Rubén González González y con Jesús Manuel Flores Díaz Bonilla. Son dos alumnos que estuvieron en la escuela primaria del poblado Santo Domingo, allá por los años de los cincuenta. Los atendí en el quinto y sexto años junto con otros compañeros de su generación. Después de muchos años los volví a frecuentar ya convertidos en jefes de familia y dedicados a ganarse la vida de la mejor manera.



Dos alumnos, tres amigos. Rubén González, Jesús Manuel Flores Díaz Bonilla, Leonardo Reyes Silva.

Rubén, hijo de un pionero del Valle de Santo Domingo, don Salvador González Moreno, es ahora un próspero agricultor y empresario. Jesús Manuel, por su parte, estudió la carrera de maestro y ahora ya jubilado obtuvo una licenciatura en psicología. Su tiempo lo dedica a impartir conferencias relacionadas con la enfermedad de la diabetes, a la par que es un activista del club de Leones del cual ha sido unos de los más activos promotores.

Son desayunos del recuerdo: de un maestro rural que inició su trabajo en el poblado Sebastián Allende de la colonia Jalisco y después, durante cuatro años, en el poblado de Santo Domingo. Del internado que daba cobijo a muchos niños de comunidades alejadas permitiéndoles terminar su instrucción primaria a fin de acceder a estudios superiores. Del celo y dedicación del profesor Ricardo Fiol Manríquez, director de la escuela y del internado, que hacía maroma y teatro con tal de conseguir los alimentos para los albergados.

Y el tiempo pasó. Rubén inició sus estudios de secundaria en la ciudad de La Paz, pero antes de concluirlos regresó al Valle. Jesús Manuel, después de un tiempo en el que ayudó a su padre, don Manuel Flores, en la distribución de bebidas refrescantes en toda la región de Santo Domingo, se inscribió en la Escuela Normal Urbana de La Paz y cuando terminó sus estudios lo comisionaron al Estado de Sinaloa. Al jubilarse regresó a nuestro Estado y ahora radica en nuestra ciudad capital.

Rubén y Jesús Manuel son personas importantes en su medio. Pero aparte de eso, tienen vivencias de su estancia en el Valle de Santo Domingo que recrean toda una época en la que, con el esfuerzo y sacrificio decidido de sus colonizadores, lograron convertir una región agreste y olvidada, en una donde la agricultura fue la fuente económica, no solo de ellos, sino que también de toda la entidad bajacaliforniana.

Con el paso de los años la amistad entre nosotros tres se ha ido afirmando. Cada ocasión en que Rubén viene a La Paz nos habla por teléfono para saludarnos e invitarnos a tomar un café para hablar de los tiempos idos. Y también de los presentes. Hace unos meses, nos presentó una colección de fotografías a color tomadas por él, en las que aparece

gran parte de la flora que existe en la región del municipio de Comondú. Por su calidad lo ayudamos para que fueran exhibidas en la galería de arte Carlos Olachea y parece que dentro de poco también se expondrán en el Instituto Tecnológico de Ciudad Constitución o en otros lugares del municipio y del Estado.

Jesús Manuel es un gran conversador y rememora sucesos de su juventud ocurridos en el Valle de Santo Domingo. En ocasión del VIII Encuentro de Escritores Sudcalifornianos efectuado en el mes de julio del año pasado, Rubén y Jesús Manuel participaron en una mesa redonda donde hablaron de su vida de estudiantes en el poblado de Santo Domingo, de sus compañeros del internado, de sus maestros y en lo particular, del que los atendió en sus últimos años de estudios. Y es que ese Encuentro fue dedicado a mi persona.

Los dos amigos me guardan un gran respeto que es correspondido por todo lo que significa haber sido su maestro y hoy es su amigo. Ciertamente, hay diferencias de edades, pero al compartir esos momentos agradables el tiempo desaparece y solamente queda, para el recuerdo, tres seres que se niegan a olvidar su paso por esta vida, aquella donde dos alumnos y un educador reconocen mutuamente el valor de la amistad y el reconocimiento.

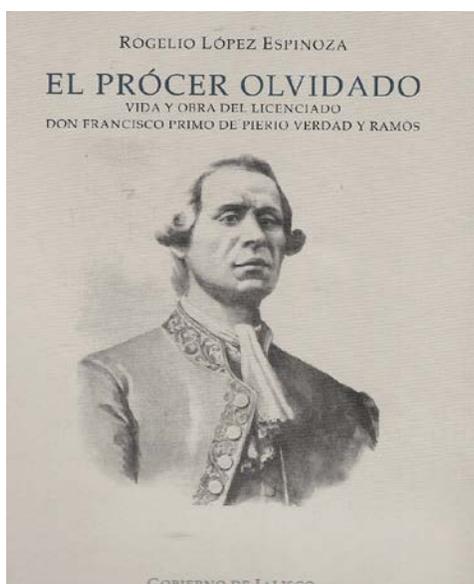
Enero 27 de 2016.

LA CALLE PRIMO DE VERDAD

¿Por qué esta calle se llama así? —me preguntó uno de mis nietos cuando la recorríamos para llegar a la parte sur de la ciudad. Es una calle de un solo sentido que muchos automovilistas la utilizan como medio alternativo en lugar de la llamada Félix Ortega que siempre tiene mucho tráfico.

Así de pronto, acerté a decirle que había sido una persona distinguida cuyos restos descansan en la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres en la ciudad de Guadalajara. Afortunadamente no me preguntó quién le había puesto ese nombre a esa calle de nuestra ciudad, pues no hubiera podido responderle.

El licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos fue, de hecho, un precursor de la independencia de nuestro país, dos años antes que el padre Miguel Hidalgo se levantara en armas en 1810, en Dolores Hidalgo. Precursor por sus ideas libertarias y la valentía para expresarlas en una época donde todavía existía el dominio español.



Licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos

En el año de 1808, España se vio envuelta en una revolución del pueblo en contra de un gobierno impuesto por Napoleón, a cuyo frente dejó a su hermano José Bonaparte llamado despectivamente Pepe Botella. Ya se imaginarán por qué. Lo cierto es que los franceses aprovecharon la dimisión del rey Fernando VII al trono de España, para invadir ese país y poner un gobierno de su conveniencia.

Con el pueblo español en pleno levantamiento, las colonias americanas, especialmente México —se conocía como Nueva España— aprovecharon la oportunidad para promover un gobierno propio, contando con la buena disposición del virrey

Iturrigaray, el ayuntamiento de la ciudad y la simpatía de todo el pueblo, menos los integrantes de la Audiencia, sus tristemente famosos oidores.

Cuando los planes de ese movimiento habían avanzado, el virrey convocó a una reunión a la que asistieron los integrantes del ayuntamiento, los inquisidores, el arzobispo y, desde luego, los oidores de la audiencia. Ahí, en su calidad de Síndico, don Francisco Primo de Verdad y Ramos, pronunció unas palabras proféticas cuando se refirió al derecho de los pueblos de gobernarse sin sometimientos ajenos.

Fue la primera vez en que se hizo mención de la patria, de la libertad y de la independencia. Y fue en esa ocasión también cuando Primo de Verdad firmó su sentencia de muerte al hacer referencia a la soberanía del pueblo, como fin último de su derecho a gobernarse por sí mismo.

Los más alarmados fueron los oidores ya que serían los primeros afectados por los cambios que se veían llegar. En efecto, el virrey Iturrigaray se decidió a integrar una junta y un gobierno provisional y para el caso expidió circulares a los ayuntamientos para que sus representantes acudieran a la ciudad de México.

Pero en tanto los oidores intrigaron en tal forma que reunieron partidarios suyos para hacer prisioneros a los principales jefes del movimiento. Así, fueron detenidos el virrey, los miembros del ayuntamiento y otros personajes adheridos a la noble causa. Uno de ellos fue, naturalmente, el licenciado Primo de Verdad y Ramos.

En la cárcel del arzobispado pasó sus últimos días. La mañana del 4 de octubre de 1808 se conoció la noticia de que había muerto. Pronto se corrió la versión de que había sido envenenado. Nunca se supo la verdad de su muerte, aunque después de muchos años se tuvieron indicios de que en realidad falleció por ahorcamiento.

Por eso, esa calle que corre de norte a sur de nuestra ciudad lleva ese nombre en su recuerdo. Como otras más que atraviesan nuestra capital con los nombres de Miguel Hidalgo, José María Morelos, Ignacio Allende, Mariano Abasolo, Nicolás Bravo, Hermenegildo Galeana, todos patriotas que entregaron su vida por hacer de México un país independiente y soberano, tal como fue el anhelo de Francisco Primo de Verdad y Ramos.

Enero 28 de 2016.

LA ESPERA DESESPERA

Hace una semana y media asistí a la oficina del Registro Público de la Propiedad y el Comercio a fin de solicitar la libertad de gravamen de una escritura hipotecada, dado que se habían completado los pagos de la misma. Llegar y hacer cola durante cuarenta minutos fue el tiempo que me llevó hasta llegar a la ventanilla donde se reciben y expiden los documentos. Y de allí otra cola para pagar el gravamen en otra ventanilla.

Ayer se cumplió el plazo para que me entregaran la escritura ya liberada ¿y que creen? Volví y otra vez a hacer cola durante 45 minutos. Lo bueno fue que me entregaron el documento y santo remedio. Di por bien utilizado mi tiempo, aunque otras personas de la fila renegaron por la tardanza.

Comenté en lo bajito que era necesaria otras ventanillas para atender con más agilidad a las personas, sobre todo cuando iban a recoger sus documentos. Porque sería injusto que después de perder parte de tu valioso tiempo te dijeran que todavía no estaban tramitados. En eso estaba cuando apareció una funcionaria —no supe si era la directora del Registro— quien tomó unas fotografías de la fila de espera y momentos después se abrieron dos ventanillas más que aligeraron la atención a los solicitantes.

Cuando llegué a mi casa con la escritura en la mano me pregunté: ¿Bueno, y que razón de peso hubo para que el Registro pasara a depender del gobierno del estado? Cuando abrí la página de internet respectiva, me enteré de que a partir de su creación en la segunda mitad del siglo XIX, siendo presidente don Benito Juárez, esta dependencia siempre formó

parte de los estados. Y hasta la fecha, con excepción de Baja California Sur hasta el año pasado, sigue siendo parte de la administración estatal.

Desde luego me hice otra pregunta: ¿A partir de qué año los municipios se hicieron cargo del Registro? A lo mejor fue una buena medida para mejorar los ingresos y aplicar parte de ellos a los servicios públicos que demanda la población. Porque de acuerdo a las funciones que presta debe ser una fuente financiera para la administración municipal.

Y es que el Registro tiene entre otras funciones las inscripciones de actos traslativos de dominio, la inscripción o anotación de gravámenes, la inscripción constitutiva del patrimonio familiar, la inscripción de la constitución de sociedades mercantiles hasta el depósito de testamentos ológrafos.

El día que pagué los derechos para la libertad de gravamen de la hipoteca me cobraron 498 pesos y si más o menos esa es la cantidad para los otros trámites, es dable pensar que los numerosos solicitantes que acuden diariamente al Registro dejan en la tesorería del ayuntamiento —ahora del gobierno del estado— una cantidad no despreciable de ingresos.

Lo bueno de todo esto es que me enteré de que en el Registro Público de la Propiedad y el Comercio se puede depositar un testamento ológrafo. Es un documento que evita problemas futuros entre familiares o cualquier otra persona que pudiera sentirse con derechos al momento de la repartición de la herencia.

Durante años nos acostumbramos a concurrir al municipio cuando adquiríamos una propiedad. Y después al Registro para su legalización correspondiente. A veces íbamos en busca de una escritura y los empleados de buena manera nos la proporcionaban para su revisión o en su caso un duplicado. Pero hasta allí.

Por eso ahora que el gobierno del estado recuperó tanto el Registro Público de la Propiedad y el Comercio, el Registro Civil y los servicios de Tránsito, quizá haya manera de saber que tanto perdió el municipio por los ingresos de estas tres dependencias. Y si fue adecuada la medida del gobierno estatal.

Febrero 6 de 2016.

LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Gracias a una iniciativa promovida por la diputada Guadalupe Rojas Moreno, la recientemente llamada Secretaría de Educación volvió a su nombre original: Secretaría de Educación Pública del Estado de Baja California Sur. Para ello fue preciso reformar de nueva cuenta la Ley Orgánica de la Administración de la entidad a fin de corregir ese error que a nadie tenía contentos.

De seguro, pronto corregirán otro, el que se refiere a la decisión de que el Instituto Sudcaliforniano de Cultura dependa de la SEP, dado que con la creación de la Secretaría de Cultura como una dependencia del gobierno federal, todas las instituciones culturales que estaban adheridas a la SEP pasarán a ser parte de esa Secretaría.

Lo anterior me hace recordar el proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal, presentada por el ejecutivo de la unión a la XXIX Legislatura, en el año de 1920. En ese año el presidente de México era Álvaro Obregón y el proyecto fue presentado por José Vasconcelos quien era el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Lic. José Vasconcelos, de la SEP.

El proyecto presentaba tres grandes departamentos que eran el Escolar, el de Bibliotecas y Archivo y el de Bellas Artes. Desde luego, centró su atención en el primero, que establecía escuelas especiales para la educación de los indios; la creación de escuelas rurales; de primaria y primaria superior; la creación de escuelas preparatorias anexas a las universidades; el establecimiento de escuelas industriales e institutos técnicos.

El decreto que creó la Secretaría de Educación Pública fue publicado en el Diario Oficial de la Federación el 3 de octubre de 1921 y su primer secretario fue el licenciado Vasconcelos que se convirtió en una de las principales figuras de la educación en nuestro país.

Al frente de la SEP inició una campaña contra el analfabetismo, impulsó la escuela rural, estableció bibliotecas en todo el país, inició la edición de libros gratuitos y se distribuyeron desayunos escolares a los niños más necesitados. Además atendió en lo posible el desarrollo de las bellas artes.

A partir de 1921 hasta la fecha ha llevado ese nombre aunque ha sido sujeta de reformas en sus objetivos y el contenido de sus programas. El más sobresaliente fue durante

la presidencia del general Lázaro Cárdenas cuando el Congreso de la Unión aprobó la reforma socialista de la educación. Y además de la nueva doctrina, por primera vez las escuelas particulares debieron sujetarse a los programas escolares.

En el gobierno del licenciado Adolfo López Mateos (1958-1964) se aplicó el Plan de Once años, con la finalidad de mejorar la educación primaria y crear escuelas de ese tipo en todo el país. Le tocó a Jaime Torres Bodet, como secretario de Educación Pública, llevar adelante esa reforma.

Pero fue en el periodo de gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) cuando se efectuó una reforma muy amplia ya que se modificó el marco jurídico, los programas educativos fueron reformados, se dieron a conocer nuevos métodos de enseñanza y se reforzó la formación y actualización del magisterio.

Y en el actual gobierno de la república está en marcha una reforma educativa, que conlleva el propósito de elevar la calidad educativa en la que los educandos adquieran conocimientos, asuman actitudes positivas y desarrollen habilidades y destrezas que les permitan enfrentarse a los desafíos del mundo actual.

Febrero 10 de 2016.

EL DOCTOR MIGUEL LEÓN PORTILLA

Invitado por Alfonso Gavito, director de comunicación social del congreso del estado, ayer asistí a la sesión de la comisión de asuntos educativos y de la juventud de la cual la diputada Diana Victoria Von Borstel es la presidenta. Ahí saludé a varios amigos entre ellos a Francisco López Gutiérrez, Gilberto Ibarra Rivera, Edith González Cruz y Dante Salgado quienes, al igual que yo, habíamos acudido para escuchar un pronunciamiento importante.

Y fue la diputada Maritza Muñoz Vargas la que presentó un punto de acuerdo tendiente a convertirse en decreto, a fin de que el Congreso del Estado haga un reconocimiento público al doctor en historia Miguel León Portilla. En sus considerandos, la legisladora hizo alusión al gran interés que siempre ha demostrado el doctor por la Baja California y su historia.

Recordó los libros que ha escrito referentes a la península, entre ellos “La California Mexicana, ensayos acerca de su historia”, “Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra”, “La cartografía de la Baja California “y otros en los que ha sido responsable de la edición como la Historia natural y crónica de la antigua California, de Miguel del Barco, así como los Testimonios sudcalifornianos de la fundación de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, por los padres jesuitas Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén, en el año de 1720.



Doctor Miguel León Portilla

En lo personal he escrito varias crónicas alusivas a este historiador mexicano. De cómo, desde que era niño, se interesó por esta región de nuestro país. Y la anécdota que da cuenta de su interés: en clase de primaria la maestra les explicó que la California se encontraba en los Estados Unidos y no en México. De regreso a su casa, preguntando a sus familiares y hojeando una geografía de nuestro país, se dio cuenta que existía una California mexicana que se encontraba en la península del mismo nombre.

Al día siguiente con las pruebas en la mano le demostró a su maestra que si había una entidad en nuestro país llamada Baja California. Congruente con su interés, cuando fue adulto, efectuó un recorrido junto con su esposa por toda la extensión de la península, desde Cabo San Lucas hasta la frontera con los Estados Unidos.

Fue en esos años cuando hizo amistad con incipientes historiadores nativos, como Eligio Moisés Coronado, Ignacio del Río, José Andrés Cota Sandoval, Francisco Javier Carballo y de manera especial con Armando Trasviña Taylor.

Armando en los años sesenta del siglo pasado ocupaba el puesto de Director de Acción Social, Cívica y Cultural en el gobierno del licenciado Hugo Cervantes del Río. En ocasión de una visita a la ciudad de La Paz, llevó al doctor al edificio donde se resguardaban, mejor dicho se amontonaban, los miles de documentos generados por las administraciones de gobierno desde el siglo XIX hasta mediados del XX. En ese momento y con la aceptación del gobernador, León Portilla mandó dos archivistas, —mujeres— que organizaron los expedientes, para tiempo después fundar el Archivo Histórico de Baja California Sur.

Alguien me comentó que la UABCS tiene el propósito de otorgarle el grado de Doctor Honoris Causa en el mes de mayo próximo. Bien lo merece y qué bueno que nuestra máxima casa de estudios lleve a cabo ese homenaje. Así tendremos la oportunidad de saludarlo y expresarle nuestro reconocimiento, porque Miguel León Portilla es investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y miembro del Colegio Nacional, que no es poca cosa.

Y sería un excelente colofón que con este motivo, tanto el Congreso del Estado o la UABCS, reeditaran varios de sus libros que ya están agotados, entre ellos la Historia de la Baja California 1850-1880, de Adrián Valadez y Los Testimonios Sudcalifornianos que fue editado por el gobierno de nuestro estado en 1989.

Febrero 18 de 2016.

OSCAR VALDEZ Y EL DESTINO

Conocí a Óscar en la Escuela Industrial, la que se encontraba donde hoy está el mercado Bravo. Coincidimos como ayudantes en el taller de carpintería, en los meses de vacaciones de julio y agosto. Él había llegado de la ciudad de México con la intención de terminar el tercer año en la secundaria Morelos. Aquí en La Paz le dio cobijo su tía, doña Armida Torres de Caloca. Fue por los años cuarenta del siglo pasado.

Yo había regresado de la ciudad de Tijuana, después de dos años de estudios en el Instituto Técnico Industrial de Agua Caliente. Pero mi intención no era seguir en la escuela, sino aprender un oficio que produjera un poco de ingresos para paliar las necesidades de mi familia.

Los dos años en Tijuana fueron muy difíciles para mí, porque a pesar de que el Instituto tenía el sistema de internado, era una institución semimilitarizada que obligaba a levantarse temprano, aprender y ejecutar órdenes de marcha en sus respectivos pelotones.

Además se enseñaba el uso y manejo de los fusiles, aquellos que el ejército usó durante muchos años.

Una de las oportunidades de esa escuela era que terminando la prevocacional —tres años— y después la vocacional —dos años— se podía ingresar directamente al Instituto Politécnico Nacional a fin de cursar una carrera profesional. De los pocos que lograron terminar en el IPN recuerdo a Isidro Murillo, ingeniero petrolero, y a Francisco Gómez López, ingeniero electricista.

Un día de tantos en la Escuela Industrial, Óscar me platicó que tenía pensado terminar la secundaria para después regresar con su familia en la capital de nuestro país e ingresar a una escuela preparatoria dependiente de la UNAM. —Y tú, ¿Qué vas a hacer?— me preguntó a bocajarro.

Mi respuesta un tanto dolorosa, la escuchó con atención concentrada: —Bueno, mi intención es trabajar, dado que mi familia no tiene recursos para sostener mis estudios. Esa fue la causa de que no siguiera en la escuela de Tijuana, dado que carecía de lo más indispensable. Por eso se me hace imposible terminar la secundaria. Así es que aquí terminan mis aspiraciones de estudiante.

Óscar se me quedó viendo y después, acercándose, me dio una palmada en el hombro a la vez que me decía: —“No puedo creer lo que dices, porque si fuiste capaz de atreverte a ir a estudiar hasta Tijuana a pesar de las estrecheces económicas de tu familia y aguantaste allá dos años, como no vas a poder terminar la secundaria aquí en La Paz.

—Pero —me defendí— ¿Cómo voy a enfrentar los gastos de mi inscripción, la compra del uniforme y los útiles escolares?

Bueno, bueno —me respondió— eso después lo verás. Por lo pronto —era a mediados de julio— tú y yo vamos a iniciar los trámites para nuestro ingreso a la secundaria. Te aconsejo que platiques con tus padres y les digas tu propósito de seguir estudiando. Te aseguro que te respaldarán.

Dicho y hecho. Cuando mamá Julia y papá Agustín se enteraron de las intenciones de proseguir mis estudios, estuvieron de acuerdo y alabaron mi decisión. Mi padre me dijo: —Es lo mejor, hijo, como sea vamos a ayudarte— y con los ojos humedecidos repitió: —Es lo mejor, hijo.

Así es como terminé la secundaria junto con Óscar Valdez. En efecto, cuando terminaron los cursos y nos dieron el certificado de estudios, mi amigo se dirigió a Tijuana con el objeto de continuar estudiando y jamás volví a tener noticias de él. Su tía Armida me platicó que se internó en los Estados Unidos donde pasó gran parte de su vida y en ese país murió.

Por mi parte, al concluir la secundaria, ingresé a la Escuela Normal Urbana, la única institución educativa superior que existía en La Paz. Acostumbrado a las penurias económicas —otros compañeros padecían del mismo mal— logré sortear las dificultades en los tres años siguientes hasta terminar la carrera de profesor de educación primaria.

Desde luego a Oscar le debo lo que soy en la actualidad. A veces me pongo a pensar de cómo es el destino de cada quien. En mi caso pude haber sido un buen carpintero, ser el sostén de mis padres y formar mi propia familia. Pero hasta allí. En cambio terminé una profesión a la que dedique treinta años de mi vida y escalé peldaños gracias a mi capacidad y entrega a la educación sudcaliforniana.

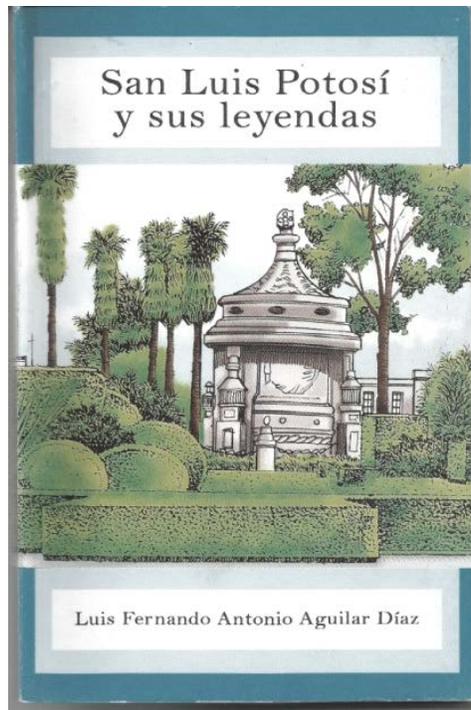
Marzo 9 de 2016.

LEYENDAS DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El doctor en ciencias Carlos Angulo, esposo de mi nieta la también doctora Martha Reyes, cada vez que viaja al interior de la república, se da tiempo para visitar las librerías en busca de libros de leyendas que luego me regala.

De regreso de la ciudad de México me trajo un hermoso volumen con los mitos y leyendas de Japón y ahora, después de haber estado en la ciudad de San Luis Potosí, compró el libro “San Luis Potosí y sus leyendas” y me lo obsequió. Bien por Carlos por qué me da en la pata de palo.

Desde el año de 2005 en que publiqué “Mitos, Leyendas y Tradiciones Sudcalifornianas” entre ellas El Mechudo, El tesoro de Pichilingue, El Coromuel y otras más, siempre tuve interés por las leyendas de nuestra entidad y de otros estados de nuestro país.



Leyendas de aquí y de allá.

Aquí en la ciudad de La Paz existen leyendas—aparte de las que aparecen en mi libro—escritas y divulgadas por escritores y periodistas, entre ellos Carlos Domínguez Tapia, Manuelita Lizárraga y Gamaliel Valle Hamburgo. Aunque no han aparecido impresas en volumen, con excepción de este último, no dejan de ser interesantes. Al menos sus títulos son llamativos.

Las esquinas tétricas de La Paz, Los tres árboles de los ahorcados, El cerro de la calavera son de la autoría de Domínguez Tapia. Y La Mujer de negro en la 16, Las zorras de Todos Santos y La mujer de negro y el vestido de novia en una noche de carnaval las dio a conocer Manuelita. Por su parte Gamaliel ha publicado tres o cuatro libros con leyendas urbanas.

Voy a referirme a la leyenda de La mujer de negro en una noche de carnaval, por su curiosa coincidencia con otra de San Luis Potosí. Nuestra leyenda dice que un taxista llevó de pasajera a una mujer con ropajes negros y que después de llevarla a una casa al sur de la ciudad regresó vestida con un traje de novia y le pidió que la llevara al panteón. Cuando se bajó le dijo al taxista: “con esta nota cúbrole a mi padre”. Por la mañana, Fue a entregar el

recado y cuál no sería su sorpresa cuando el papá le dijo que ella había muerto hacía quince días. Cuando buscaron el vestido de novia no lo encontraron.

La leyenda “La dama enlutada” de San Luis Potosí dice que una señora abordó un taxi en altas horas de la noche y le pidió al chofer que la llevara a varios templos con el fin de rezar. Después de recorrerlos la mujer le dio un recado escrito diciéndole que su hermano le pagaría. Al día siguiente se presentó a la residencia de la familia y al entregar la nota, le dijeron que su hermana había fallecido dos meses antes.

Como se ve, en eso de las leyendas con el conque pueden ser sucesos reales o ficticios, se presta mucho para las coincidencias. Por ejemplo está el caso de La Llorona que se apareció en muchas ciudades del país, con semejantes características aunque, como en el caso de la ciudad de Querétaro, fue una superchería.

En ese lugar, a altas horas de la noche, se aparecía la llorona con sus lamentos causando el espanto de sus moradores. Pero llegó el momento en que unos guardias se le enfrentaron y la detuvieron, con la sorpresa de que era un hombre que portaba un armazón de mujer vestida de blanco y la parte de las piernas las había pintado de negro para figurar que flotaba.

Resultó ser un consumado ladrón que se había valido de esa artimaña para robar en las casas y a los trasnochadores ingenuos. Sin embargo la leyenda continúa narrando el caso de una dama que fue asesinada por su iracundo y cruel esposo junto con sus dos hijos.

Por lo pronto, estoy en espera de que Carlos visite otras de nuestras ciudades a fin de que adquiera libros de leyendas y, oportunista que soy, me los regale.

Mayo 5 de 2016.

MI ESPOSA “LA LEONA”

La conocí en un pequeño poblado del Valle de Santo Domingo, adonde fui a trabajar allá por los años cincuenta del siglo pasado. Ella formaba parte de una familia que llegó a ese lugar proveniente de Loreto, esperanzada en lograr un mejor medio de vida en esa región dedicada a las actividades agrícolas.

El poblado que lleva el mismo nombre del Valle estaba formado por una serie de casas de madera que se alineaban alrededor de una sola calle de la que nunca supe el nombre. Según contaban, la madera era parte del naufragio de un barco que encalló varios kilómetros al oeste de ese lugar.

Después de varios meses de relaciones nos casamos por lo civil, con la aceptación de su mamá —su padre había muerto unos años antes— y de sus cuatro hermanos. Fue una boda sencilla y apresurada a la que asistieron pocos invitados. Y es que nuestras condiciones económicas no daban para más.



Doña Cande Murillo de Reyes con sus bisnetos

Iniciamos nuestra vida marital en una casita de madera proporcionada por un vecino del lugar, y ya después en un jacal construido en las orillas del pueblo que tenía por paredes

varas entrelazadas de palo de arco, petates y hojas de palma para el techo. Con el paso de los meses, ahí nació nuestro primer hijo que afianzó el amor que nos teníamos.

Al paso de los años nacieron dos más, una mujer y un varón por lo que la vida se complicó un poco más. Afortunadamente siempre contamos con la protección de la familia de ella, ya que los dos últimos años de mi estancia en ese poblado nos permitieron vivir en su casa. Y eso fue porque me comisionaron a trabajar en otra comunidad que no tenía las comodidades necesarias, así que preferí dejar a la familia con mi suegra.

Recuerdo que los fines de semana recorría caminando los casi veinte kilómetros que separaban las dos comunidades con el fin de estar al lado de mi esposa y de mis hijos. Y también convivir con los amigos y los hermanos de mi consorte. Por supuesto con mi suegra quien siempre demostró un gran amor por mi familia.

Cuando, después de permanecer seis años en el Valle de Santo Domingo, me trasladaron a La Paz, mi vida dio un giro importante. Dos años antes había construido una modesta casa de material en una esquina del terreno que poseía mi papá en las orillas de la ciudad, previendo que algún día regresaría acompañado de mi esposa y mis hijos.

Al principio mi esposa extrañó a la familia que había dejado en el Valle, pero poco a poco se fue acostumbrando y se adaptó a su nuevo ritmo de vida. Sobre todo porque al lado de mi casa vivían mis padres que la acogieron con cariño y le ofrecieron toda la ayuda posible.

Y así pasaron los años. A los tres hijos que nacieron en el Santo Domingo se sumaron otros tres más —mujeres— por lo que los cuidados de los mismos requirieron todo el tiempo de mi esposa. Hasta eso que siempre fue una madre responsable. Además de alimentarlos aprendió a coser y en una vieja máquina Singer confeccionaba los vestidos y los pantalones de sus hijos. Después, para nivelar un poco los gastos de la casa, confeccionaba ropa ajena ocupando parte de la noche para cumplir con los pedidos.

De esa calidad era mi esposa. Pero, ¿Por qué el mote de “la leona”?

Cuando los hijos crecieron ingresaron a una escuela primaria y uno de ellos ya cursaba el tercer año. En cierta ocasión, el niño se retrasó en llegar a la casa y su mamá, preocupada, preguntó la razón de ello. —“Es que el profesor lo dejó castigado porque se peleó con otro niño” —le platicó otro de sus hijos.

Oír lo anterior y dejar todo lo que estaba haciendo fue cosa de minutos. Como la escuela se encontraba a tres cuadras de distancia, tarde se le hizo para llegar. Ahí encontró al maestro y lo increpó duramente: —¿Por qué castigó a mi hijo y al otro no? “Los dos son culpables y no me parece justo que sólo a mi hijo lo haya castigado y que lo haya llevado a la dirección jalándolo de las patillas”.

Pobre maestro. Se quiso justificar, pero ante la furia de mi esposa no halló otra salida que disculparse y permitir que el niño se fuera a su casa. Como la discusión se dio en la oficina del director y cuando mi esposa y mi hijo ya se habían retirado, el profesor dirigiéndose al encargado de la escuela, le dijo: —“Ah caray, resultó brava la leona, ¿Verdad?”

Y fue así como durante los años que estudiaron mis hijos en esa escuela, cada vez que mi esposa pasaba a recogerlos era común escuchar a los maestros cuando susurraban: —“Cuidado, ahí viene la leona”.

Y efectivamente fue una leona cuidando a sus hijos. Quizá a ello se debe que ya adultos sientan un respeto y una gran admiración por su madre. Ella llevó siempre en su corazón la sentencia: “A mis hijos no los toquen”

Marzo 11 de 2016.

COMPAÑEROS DE DORMITORIO

Fue hace muchos años, más de cincuenta. En un mes de septiembre, las autoridades educativas del entonces territorio, me comisionaron como maestro rural a la comunidad de San Salvador, un lugar localizado a la altura del poblado de Santa Rita, en el kilómetro 157 de la carretera transpeninsular.

Para llegar tenía que ir bordeando un arroyo a lo largo de veinte kilómetros, por una brecha apta solamente para picaps o camiones. Al cabo de una hora se llegaba a San Salvador que estaba en una meseta con casas construidas de ladrillo y techos de teja colorada.

Eran cuatro y según me platicaron las construyó el gobierno con el fin de establecer una guarnición militar que vigilara toda esa amplia zona de posibles incursiones de grupos extranjeros. Cuando llegué allí solamente la poblaban el subdelegado de gobierno, don Aurelio Montufas y su familia y otra más por un rancharo del lugar cuyo nombre se me escapa. La tercera casa estaba destinada al maestro y la última era una construcción grande construida quizá para almacén, pero que se había destinado para la escuela.

Al llegar, el señor Subdelegado me llevó a la pequeña casa que me serviría de estancia, mientras me decía: —“por aquí hay muchas salamanquesas, pero no les tenga miedo, no hacen daño”. Yo tenía una vaga idea de que eran como lagartijas hasta que por la noche las vi entre las vigas del techo.

Confieso que esa primera noche casi no dormí. Además de ser blancas y transparentes y con unos ojos negros que resaltan en la oscuridad, emiten una especie de canto corto de manera intermitente. Aunque era una noche calurosa, esa vez descansé con la sábana cubriendo todo mi cuerpo,

Con el paso de los días me acostumbré a ellas y les agradecí que se comieran las arañas, moscas y otros insectos que tuvieron la mala suerte de invadir mi habitación. Y todo iba bien hasta que...

Como es costumbre en la mayoría de los ranchos, las casas aunque tengan puertas no las cierran, por comodidad o porque no temen que alguien se meta a hacerles daño. Por eso, todos los días cuando estaba atendiendo a los niños en la escuela, dejaba la mía sin cerrar confiado en la honradez de los habitantes del lugar. Y además porque eran muy pocas mis pertenencias: unas tres mudas de ropa, un quinqué, dos o tres libros y un foco de mano. Además una cama de tijera, dos sábanas, una cobija y la almohada correspondiente. Como verán, nada de gran valor.

Y así transcurrieron tres o cuatro días. Pero por las noches yo escuchaba un ruidito en una pila de ladrillos que alguien colocó en una esquina de mi cuarto. Al principio no le di importancia, pero como el ruido era constante me llegó a preocupar y por eso lo platiqué lo que dio por resultado que dos vecinos del rancho se ofrecieran para retirar los ladrillos y ver que ocasionaba el mentado ruidito.

Con alguna desconfianza fueron retirando las piezas y, de pronto, una culebra se escurrió entre sus piernas y se escapó a través de la puerta. Pasado el susto —yo me encontraba de mirón— uno de los amigos exclamó:” lo bueno que era culebra, porque si hubiera sido víbora y de las malas, —se refería a la cascabel— nos hubiera mordido”

Cuando retiraron todos los ladrillos encontraron el nido en que dormía cómodamente mi compañera de cuarto. A partir de ese día procuré cerrar la puerta, no fuera ser que la culebra volviera a visitarme. Preferí la compañía de las salamancas que, justo es decirlo, son inofensivas aunque por su constitución translúcida causan un poco de repulsión. Pero uno a todo se acostumbra. Digo.

Un año duré en la comunidad de El Salvador. Lo suficiente para darme cuenta de que es una zona donde proliferan los alacranes güeros y las tarántulas de gran tamaño, ya que es un terreno pedregoso. Y por las orillas del arroyo, entre los breñales los ofidios entre los que, seguramente convivía mi amiga, la culebra.

Marzo 12 de 2016

MI AMIGO EL GATO

Bueno, su nombre era Juan Francisco Angulo Avilés y fue mi compañero de estudios en la Escuela Normal Urbana de La Paz. Su familia vivía a manzana y media de mi casa y es por eso de nuestra amistad. Pero, aparte, nos unió la pobreza y las ganas de terminar una carrera que nos permitiera una mejor forma de vida.

Se distinguía Juan Francisco porque era alto y muy flaco, de tez morena, parco en el hablar y de difícil sonrisa. Era un tanto reservado quizá por sus problemas familiares, pero el hecho de sufrir carencias económicas no lo amilanaba. Y fue así como, a pesar de todo, logró terminar sus estudios profesionales con excelentes calificaciones.

En los dos últimos años en la Escuela Normal nos apoyamos mutuamente cinco amigos: Ricardo Fiol, J. Guadalupe Aguirre, Felipe Lucero, Juan Francisco y yo. Dio la coincidencia de que éramos alumnos que teníamos nuestro propio hogar en la ciudad, ya que los otros compañeros de estudios estaban alojados en un internado donde recibían hospedaje y alimentación.

Lo curioso es que a Juan Francisco no le molestaba que le llamaran gato. Como es común con los apodos que se repiten constantemente a veces se olvidaba su nombre y entonces lo identificaban como “el gato Angulo. Vivía con su madre doña Lucía y dos hermanas, pues su padre se apartó de ellos. Pero de alguna manera se acordó de él, ya que el señor se apellidaba Avilés.

Cuando terminamos nuestros estudios en la Normal, la Dirección Federal de Educación nos otorgó plazas de maestros y nos comisionó a diferentes lugares del entonces Territorio Sur de Baja California. Juan Francisco comenzó su trabajo en el rancho Las

Calabazas, Ricardo en Cabo San Lucas, Aguirre en Mulegé, Felipe en una comunidad del estado de Sonora y yo en el Valle de Santo Domingo.

Fue en el ciclo escolar 1950-1951. En vacaciones de julio y agosto, por mutuo acuerdo, hicimos la prueba de admisión en la Escuela Normal Superior de la ciudad de México, donde mi amigo el gato terminó la especialidad de matemáticas, después de seis años de asistir en vacaciones a esa institución educativa. Su esfuerzo fue recompensado ya que consiguió ingresar al sistema de secundarias impartiendo asignaturas en la escuela de San José de Cabo.



Juan Francisco Angulo Avilés (sentado) y Ricardo Fiol Manríquez.

Gracias a su desempeño y eficiencia en la docencia, años después las autoridades lo designaron como director de la escuela secundaria de Loreto. Un poco antes había contraído matrimonio con María Luisa Cañedo con la que tuvo cinco hijos. En Loreto, una pequeña población de relevancia histórica —ahí se fundó la primera misión jesuita en el año de 1697— la familia de Juan Francisco vivió años felices.

Cuando venía a La Paz nos reuníamos para refrendar nuestra amistad. Era un hombre feliz, con una buena posición social y económica gracias a su tenacidad y fuerza de voluntad. Para facilitar sus traslados de Loreto a la capital compró una suburban que lucía orgulloso y en ella varias veces lo acompañamos recorriendo nuestra ciudad, mientras platicábamos de nuestras vidas.

Todo iba bien, hasta que en un examen médico le diagnosticaron un crecimiento anormal en su corazón, con las consiguientes complicaciones en su sistema cardíaco. Lo internaron en la clínica del ISSSTE, pero a pesar de las atenciones médicas Juan Francisco no logró sobrevivir.

¡Ah!, pero que valiente y estoico fue cuando supo de su fin inevitable. Estuvimos a su lado los últimos días y siempre nos recibía con la sonrisa en los labios. —“Ya me voy, amigos, pero hay les encargo a mi madre y mi familia”. Y después, con la ironía de que siempre hizo gala, nos invitaba: “A ver cuando nos vemos por allá, para seguir platicando”.

Una efímera existencia para un hombre que luchó denodadamente para ocupar un lugar de privilegio en la sociedad bajacaliforniana.

Un 16 de junio de 1967 su gran corazón dejó de latir. Murió joven pues tenía 39 años de edad. Su último deseo fue que lo sepultaran en la población de Loreto y así se hizo. En el panteón de ese lugar, sus familiares y los padres de familia de la escuela secundaria que él dirigió levantaron un monumento y debajo del mismo descansan los restos del que fue un amigo querido, cuyo recuerdo se aviva cuando mencionamos su nombre: Juan Francisco —el Gato— Angulo.

Marzo 15 de 2016.

UN COMPADRE ATRABANCADO

Cuando se abrió el Valle de Santo Domingo a la agricultura, oleadas de campesinos con sus familias llegaron a esa región dispuestas a lograr fructificar la tierra. Los grupos que fueron llegando formaron colonias con el nombre de sus lugares de origen o de otro que los distinguiera. Así nacieron las colonias Jalisco, Nueva California, Las Delicias, Teotlán, La Laguna y otras más.

El gobierno repartió miles de hectáreas que los colonos tuvieron que desmontar y les perforó los pozos para la extracción del agua. Hizo algo más: mientras no pudieron hacer los primeros cultivos, les mandó provisiones de boca y en vez de arados jalados por animales, los dotó de tractores de gasolina y uno que otro de oruga que funcionaban con diesel.

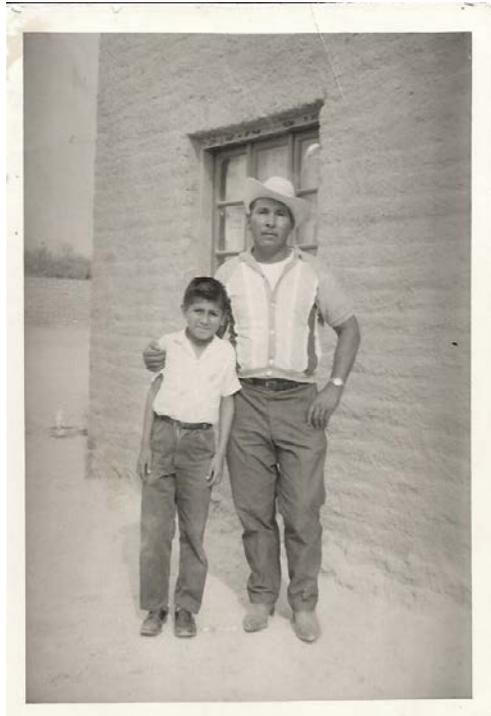
Desde luego, con los tractores se les facilitó la nivelación y barbecho de los terrenos, de tal suerte que en pocos meses pudieron sembrar y cosechar trigo y algodón, preferentemente. Aunque la lejanía con la ciudad de La Paz siempre constituyó un gran inconveniente para obtener los insumos que necesitaban, sobre todo los combustibles, las refacciones y los productos alimenticios. Y también mecánicos que pudieran reparar los tractores, sobre todo los de oruga.

Fue por esto último que un día de tantos llegaron al Valle dos personas expertas en esa clase de tractores, uno que tenía nombre extranjero, Meeling, y el otro que tiempo después fue mi compadre de apellido Romo. Los conocí porque llegaron a vivir en la colonia donde yo laboraba como maestro.

Hacían sus recorridos a las diferentes colonias montados en un jeep que el gobierno les había prestado para ese fin. A veces, los fines de semana me invitaban a visitar las comunidades cercanas. Fueron dos buenos amigos durante el tiempo que estuve en ese lugar. Más con Romo por su particular forma de ser.

Fornido, de estatura más que mediana, con ojos un tanto achinados y de franco carácter, *luego luego* se hizo amigo de los campesinos que veían en él un elemento valioso que se sumó a los esfuerzos de hacer productiva la tierra. Durante mi estancia en esa

colonia mantuve mi amistad con él, y cuando me trasladé a otro lugar de trabajo lo volví a frecuentar y fue allí donde nos hicimos compadres.



Mi compadre Juan y su ahijado Guillermo.

Pero Romo no era un cándido palomo. Su carácter atrabancado y belicoso afloraba con cualquier motivo. En varias ocasiones se lió a golpes con otros por cuestiones baladíes. Era un fósforo que se prendía con cualquier tallón. Una noche se organizó un baile en una de las colonias y allá fuimos de alboroteros. Al calor de las cervezas mi compadre se hizo de palabras con otro atrabancado igual que él y se retaron.

Tienes fama de cabrón —le dijo el otro— pero aquí te va a llevar la tiznada. Y le mostró un cuchillo que llevaba en su mano. De improviso sin decirle agua va, Romo se le fue encima y de un puñetazo lo derribó, a la vez que le decía: —“Y sigo siendo cabrón”. Recogió el cuchillo y me lo dio como recuerdo.

En esa región, rumbo a la costa, existe un estero adonde íbamos a pescar los fines de semana. Un día dio la casualidad que encontramos varias ballenas navegando

tranquilamente y ello motivó que Romo dijera de pronto: —“Oigan, voy a fisgar una para que nos dé una buena paseada” ¿Qué dicen?

Y sin esperar nuestra respuesta, agarró la fisga, se paró en la proa de la embarcación y dijo: “denle duro con los remos para alcanzarlas” Vano intento. Los animales se alejaron y Romo se quedó con las ganas. O cuando se metió a pitcher en una novena del poblado y rápido lo enviaron a *fildear*, pues eran más los que golpeaba que los *straiks*.

Así era mi compadre. Hasta eso que tenía suerte con las mujeres. Anduvo quedando bien con una hermosa hija del jefe de una colonia, pero las cosas no llegaron a mayores por la oposición férrea de la madre. Al último, no sé si por despecho o por que la quiso, se casó en ese lugar con una muchacha de buena familia.

Cuando me fui a trabajar a La Paz, me platicaron que se había ido a radicar a un pueblo al sur de Ensenada. Pasados varios años me enteré de que había muerto. En mi archivo de fotografías guardo una donde está junto a su ahijado Guillermo. Es lo último que tengo como recuerdo de un amigo de esos tiempos.

¡Ah! Y también una cicatriz en mi nariz producto de un accidente en el jeep, ocasionado cuando se le ocurrió visitar la colonia de su antiguo romance. Mal le fue, porque el vehículo quedó inservible y tuvo que dedicarle mucho tiempo para ponerlo en condiciones de uso.

Así era Romo. Y cuando alguien me pregunta el porqué de mi cicatriz, les contesto: —“Es la presencia de mi compadre Juan, el atrabancado.

Marzo 18 de 2016.

¿ADÓNDE IRÁN LOS MUERTOS?

La semana pasada en una entrevista, la administradora del panteón de los SANJUANES declaró que ya no había espacios para sepultar a los difuntos. Solamente se iban a respetar las fosas que se pagaron con anterioridad. Y la pregunta que nos hicimos todos es ¿Adónde irán los familiares a sepultar a sus seres queridos?



Desde luego existe una opción: el panteón de Jardines del Recuerdo al sur de la ciudad. O, y esta es una solución más viable, ordenar la cremación y colocar las urnas con las cenizas en alguna de las iglesias de nuestra ciudad, como se ha venido dando en los últimos años.

Independientemente de las ideas de cada quien, creo que debemos respetar nuestras tradiciones, aquellas en que los vivos van a visitar la tumba de sus muertos para llevarles flores y atestiguar con su presencia que no los olvidan. Por eso, es urgente que las autoridades municipales atiendan este problema y encuentren un lugar adecuado para el tercer panteón.

Y mire como se repiten los problemas. En 1903, el presidente municipal, Gastón J. Vives, previendo el crecimiento poblacional de la ciudad de La Paz, aprobó la donación de un terreno para acondicionarlo como panteón. Se localizó en la rinconada de los San Juanes limitado por los cerros del Barro y de La Cantera.

A principios del siglo XX La Paz tenía cerca de cinco mil habitantes y contaba con un panteón y otro complementario. El primero se localizaba sobre la calle quinta, en la actualidad conocida como Valentín Gómez Farías, entre las calles Reforma e Independencia. El segundo, conocido como El Cementerio, estaba sobre la calle Constitución, en el extremo noreste, en las manzanas 282 y 284, más o menos donde se construyó el estadio Guaycura.

Lo anterior lo comprobó una brigada de Teléfonos de México cuando estaban instalando la red subterránea sobre la calle Félix Ortega y la Constitución. Estaban abriendo una zanja, cuando de pronto, a uno de los trabajadores que estaba cavando se le fue la barra en un hoyo el que, después de ampliarlo, resultó que era una tumba. Y así a todo lo largo de doscientos metros.

Cuando, en el año de 1907, se clausuraron los panteones del centro de la ciudad, se inhumaron los cuerpos o lo que quedaba de ellos, pero aquellos que habían fallecido a causa de la fiebre amarilla no se trasladaron al nuevo panteón de los San Juanes, por disposición de la autoridad municipal. Desde luego es dable pensar que las familias que ocuparon esos terrenos no corrían peligro de infectarse.

Es interesante la justificación que dio el ayuntamiento para ordenar la clausura de los panteones. El 14 de julio de 1906 emitió un acuerdo que entre otras cosas decía: —“Los panteones deben estar fuera de las poblaciones e importa su traslación cuando por el ensanche de la ciudad quedan dentro del perímetro habitado. Por eso, el panteón viejo de la ciudad y las condiciones en que se encuentra favorecen su traslación. Porque es contrario a la higiene y por su estado ruinoso que presenta, constituye dicho lugar un adefesio que afecta el ornato de la comunidad”.

Por lo demás, cuando el panteón de los San Juanes deje de prestar sus servicios, siempre será un lugar visitado porque en él se encuentran los restos de mujeres y hombres distinguidos que hicieron mucho por nuestra entidad. Políticos, artistas, profesionistas, promotores sociales y culturales que tienen en ese panteón su descanso eterno.

Pero, además, el resto de los que ahí se encuentran, con raras excepciones, siempre estarán esperando la visita de sus familiares los que, en un acto de devoción y recuerdo, les llevarán hermosos ramos de flores como símbolos del amor que les tuvieron en vida.

Y una de esas familias será la nuestra porque ahí descansan mis padres, un hermano y nuestro hijo primogénito Guillermo. De modo que el panteón de los San Juanes, aunque ya no reciba personas fallecidas, siempre formará parte de la historia de la ciudad de La Paz.

Marzo 21 de 2016

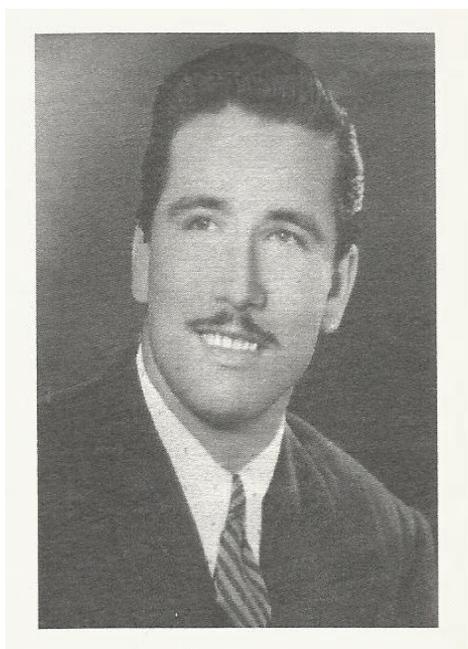
LUTO POR UN AMIGO

El día 26 de este mes de marzo se cumplen seis años de la muerte de uno de los íconos de la literatura sudcaliforniana. Poeta que hizo del soneto su fuente de inspiración, forma parte

de la trilogía de artistas de este solar, junto con Filemón C. Piñeda y José Alberto Peláez Trasviña.

Néstor Agúndez, *todosanteño* de cepa, entregó lo mejor de sí mismo a ese pueblo, en su triple carácter de maestro, promotor social y difusor de la cultura regional. Fueron más de cuarenta años los que dedicó a forjar la imagen de una comunidad, una de las que guardan mejor las tradiciones de nuestro pueblo.

En su último reducto, la Casa de la Cultura Siglo XXI, mantuvo hasta el límite la defensa de lo nuestro, oponiéndose a intereses ajenos y con una actitud que a veces rayaba en la intolerancia. Pero así era Néstor y por eso se le admiraba.



Néstor Agúndez Martínez.

Fue un amigo de los buenos. Lo conocí cuando fuimos a estudiar en la Escuela Normal Superior de Tepic, Nayarit, allá por los años cincuenta del siglo pasado. En ese entonces hubo un grupo de maestros *todosanteños* con afanes de superación que se inscribieron en esa escuela: César Moreno Meza, Esteban Pérez Espinoza y Manuel Salgado Guluarte.

Me sirvió mucho la amistad con él. Cuando lo visitaba en la Casa de la Cultura siempre tenía tiempo para atenderme. Y para platicarme largo y tendido sobre la historia de Todos Santos, de sus anécdotas y sus personajes notables. Por cierto, para guardar su memoria, pidió a las antiguas familias fotografías de su época las que hizo colocar en una sala del recinto. Aquí están —me decía— las mujeres y los hombres que han forjado a este pueblo”

Néstor era un hombre orgulloso, pero tenía por qué estarlo. Era un personaje que no tenía miedo a decir la verdad. Por eso, muchas veces se encontró con la incompreensión y la indiferencia de los que tenían poder para ayudarlo. Pero, pesar de todo seguía adelante, porque hizo de la terquedad uno de sus sellos distintivos.

El pesimismo no formó parte de su carácter. Su optimismo lo tradujo en cantarle a la vida, a la naturaleza, a la amistad, al amor. Andan por ahí varias publicaciones que hablan de su vida y su obra, especialmente de los miles de sonetos que compuso que dan fe de su extraordinaria inspiración.

Néstor hizo de la amistad un puente de luz para darse a conocer y que los demás supieran de él. Su correspondencia epistolar con muchas personalidades mexicanas y extranjeras fue el camino para que conocieran su obra poética, pero también de su calidad humana y de su bonhomía. Fue también un portavoz de las bellezas de su pueblo, de su historia y sus tradiciones.

En su casa, a la que varias veces me invitó, engalanaba sus paredes con los reconocimientos y diplomas a los que se hizo merecedor. Y también fotografías de escritores famosos dedicadas a su persona, Pero, además, sobresalían varias litografías de un personaje al que siempre admiró: Don Quijote de la Mancha.

Desfacedor de entuertos como Alonso Quijano, siempre hizo gala de su libre albedrío. Su rebeldía ante el dogmatismo oficial lo demostró muchas veces en sus acciones. Como aquella ocasión en que colocó un busto del licenciado Colosio en el patio de la Casa de la Cultura, con la presencia de los padres de este distinguido político. Eran los tiempos en que un gobierno perredista estaba al frente de nuestra entidad.

Pero así era Néstor y así lo recordamos. Por eso, cuando las flores que el día 26 le llevaremos se mustien, todavía nos quedará su presencia inmanente en los poemas que escribió, esos que nos hablan de un hombre que trascendió más allá de lo cotidiano para dejar su huella en la literatura sudcaliforniana.

Marzo 25 de 2016.

UN PARAJE PERDIDO Y SAN EVARISTO

Los últimos tres días de la semana santa una parte de mi familia “acampó” en una de las playas al sur de La Paz, por el rumbo de San Juan de la Costa. Uno de esos días, el viernes para ser exactos, me propuse visitarlos y para eso me guie por las indicaciones de mi hija Virginia, quien me explicó: —“Unos diez kilómetros después de San Juan de la costa, entras por un arroyo y después de recorrer unos trescientos metros llegas a la playa”.

El camino a ese pueblo donde se localiza la mina de fosforita, lo había recorrido varias veces y en uno de esos viajes llegué hasta la comunidad pesquera de San Evaristo. Fue en el año de 2002 cuando, por invitación del general Mauricio Ávila Medina, en ese entonces comandante de la Tercera Zona Militar, transitamos ese largo camino para llegar, después de tres horas, a ese poblado.

Más que camino era una brecha y con pasos difíciles en las sierras de Los Frailes y El Mechudo, lo que obligaba a los vehículos militares a ir a vuelta de rueda. Y eso que en la administración municipal del licenciado Enrique Ortega Romero la ampliaron con el fin de facilitar los viajes de los camiones cargados de productos pesqueros hasta La Paz.

Por eso, cuando el actual presidente municipal inauguró una planta de hielo en esa comunidad, pensé que de nueva cuenta el camino fue mejorado y que él lo recorrió para dar

fe de las condiciones en que quedó. Por aquello de tener ganas de visitarla. Aunque ahora, con eso de las lanchas rápidas, se llega a San Evaristo en menos que canta un gallo.

Bueno, ese día viernes salimos para el paraje adonde llegaron mis familiares. Pasamos por El Cajete, San Juan de la Costa y mucho más allá, pero nunca dimos con la familia. Al pasar por un arroyo vimos a los lejos varios campamentos y hacia ellos nos dirigimos con la mala suerte de que el vehículo se atascó en la arena húmeda. Después de varios intentos logramos salir y volver al camino.

—“Nos vamos a regresar— le dije a mi hijo Juan que era el chofer designado —no vamos a encontrarlos”. De vuelta a La Paz pasamos por el lugar donde tenía su rancho Fernando Jordán, pero ahora solo quedan las ruinas de la casa, una pila construida de piedra y varias palmeras datileras que lloran al ausente. —“El huracán Odile arrasó con todo” — me dijo un pescador.

En años pasados siempre habíamos hecho paraje en la playa de El Cajete. Por su extensión es un lugar preferido de muchas familias paceñas. En una explanada que se encuentra frente a la playa se instalan brigadas de auxilio y venta de refrescos. Y cada vez son más las tiendas de campaña que se instalan en ese lugar, con la consiguiente algarabía de niños y adultos.

Por eso, muchos campistas prefirieron buscar otras playas más allá de El Cajete. A todo lo largo del tramo que va de este lugar a San Juan de la Costa, las pequeñas playas estaban ocupadas con abigarradas tiendas de campaña, y los vehículos y una que otra embarcación. Pero los que no encontraron lugar, pernoctaron muchos kilómetros después de San Juan de la Costa, tal como lo hicieron mis familiares.

—¿Por qué se fueron tan lejos?— le pregunté a mi hija Viki. —¡Ay, papá —me respondió— es que en Pichilingue, Balandra, El Tecolote, Punta Arena, La Ventana y hasta El Saltito cerca del hotel Las Cruces, todos esos lugares no cabe un alfiler. Fíjate que cada año son más las familias que salen de la ciudad hacia las playas. Por eso la lejanía”.

Y mientras unas salen, otras llegan. Son los turistas nacionales y extranjeros que llegan a nuestra entidad para disfrutar de sus playas, como El Coromuel, Pichilingue o Balandra. Que mejor que las disfrutemos ahora, no vaya ser que con eso de la industria turística, las playas pasen a ser propiedad privada tal como ha sucedido en el sur del estado.

Por lo pronto me quedé con las ganas de pasar unos días descansando en la playa. Me resigné pues habrá oportunidad de hacerlo, pero ahora cerca de nuestra ciudad teniendo para mí todo el espacio y la belleza de nuestro mar.

Marzo 30 de 2016.

DOS AÑOS YA

El 25 de marzo de 2014 murió un gran hombre y un mejor político. A base de tenacidad y esfuerzo logró lo que fue la ambición de toda su vida: Ser gobernador del nuevo estado de Baja California Sur. De eso hacen ya cuarenta años y durante todo ese tiempo logró ganarse el reconocimiento y el cariño de su pueblo, al que sirvió como saben hacerlo los buenos sudcalifornianos.

La tarea no fue fácil. Como algo que comienza, tuvo que echar mano de toda su experiencia, para organizar y administrar un gobierno dentro del marco de una constitución local y con funcionarios capaces y conscientes de sus nuevas responsabilidades. Así, en los primeros días de su mandato, tomó la protesta del profesor Marcelo Rubio Ruiz, como Secretario General; del profesor Armando Trasviña Taylor, como Oficial Mayor; del licenciado Guillermo Mercado Romero, como Tesorero General; del ingeniero Alfonso González Ojeda, como Secretario de Desarrollo y como Secretario Particular al licenciado Héctor Castro Castro.



Lic. Ángel César Mendoza Arámburo

En el recién creado Tribunal Superior de Justicia del Estado fueron comisionados los licenciados Matías Amador Moyrón, Rubén Aréchiga Espinoza, José Hernández Gómez y Jesús Sáenz Juárez. Y en la Procuraduría de Justicia del Estado se designó al licenciado Enrique Ortega Romero.

Con ellos y con otros más que conformaron su gabinete inició un gobierno de puertas abiertas, tal como le había prometido al presidente Luis Echeverría durante su discurso de toma de posesión. Y así fue durante los seis años de su gobierno. Sencillo en su trato, con la amabilidad que siempre lo caracterizó, recorrió todos los rincones de la media península encarando los problemas de las comunidades, para buscar sus posibles soluciones.

Los ayuntamientos de Mulegé, Comondú Y La Paz coadyuvaron en estas acciones de bienestar comunal. Sergio Aguilar Rodríguez y Mario Vargas Aguiar de Mulegé, Daniel Moska Masaki y Eligio Soto López de Comondú y Jorge Santa Ana González y Francisco Cardoza Macías de La Paz, supieron de la forma dinámica de trabajar del gobernador y lo respaldaron ampliamente.

No fue una tarea fácil la de Ángel César Mendoza Arámburo. Pero la llevó a cabo contando con el apoyo y comprensión de su pueblo y claro, con la ayuda valiosa del gobierno federal. Como fue la creación de la universidad y la escuela normal superior. O la reconstrucción del antiguo palacio de gobierno, destruido en una administración anterior.

Cuando terminó su mandato en el mes de abril de 1981 el PRI lo invitó para que ocupara una dirección en el Comité Ejecutivo Nacional y posteriormente fungió como subsecretario de Inspección fiscal en Hacienda. Después regresó a La Paz y aquí permaneció el resto de su vida. Cuando murió tenía 80 años de edad.

Es curioso cómo pasa la vida alejada de los oropeles. La parafernalia propia del mundo político crea un ambiente engañoso en torno a la valía de las personas. El poder político y muchas veces el económico se rodean de un aura de autenticidad que desaparece cuando se termina ese poder. Y son muchos los que disfrutaban de esa falsa imagen en su vida privada.

Ese no fue el caso de Ángel César. Los que lo conocimos y conservamos su amistad de muchos años atrás, supimos de su don de gentes, de su alegría de vivir, de su respeto a las opiniones que no coincidían con las suyas. Cuatro amigos tuvimos la oportunidad de desayunar cada mes con él. Unos días antes del siguiente, nos habló para decirnos que el desayuno se posponía hasta que recuperara su salud. Pero ya no fue posible porque la enfermedad acabó con su vida.

En una crónica con motivo de su deceso escribí que la calidad humana que lo distinguió es la mejor herencia para su familia y también para los que, de una u otra forma, sintieron la influencia de su amistad.

Abril 4 de 2016.

BAJA SUR, ¡AJÚA!

Un gringo, con el aval del Fideicomiso de Turismo de La Paz, es el autor de la serie televisiva “Destination Baja Sur” y hace días llegó a San José del Cabo para vanagloriarse del gran éxito que ha tenido ese programa a nivel mundial. Con la presencia de funcionarios —nos gustaría saber quiénes estuvieron presentes— Bill Boyce, de la cadena televisiva NBC Sport, se mostró eufórico por el éxito de este documental ya que ha sido visto por más de seis millones de espectadores.

Pero luego enseñó el cobre. Los contratos con algunas cadenas televisivas, como Discovery Chanel y Amazon Prime deben ser millonarios, por lo que a él le toca una buena mochada. Y todo a costillas de nuestra ingenua península bajacaliforniana.

Y mire como se dan las cosas. En el mes de julio del 2013, apareció una nota periodística en la que la directora del Fideicomiso de Turismo de La Paz había respaldado la filmación de ese programa. Pero cuando dio a conocer el nombre de ese documental nadie objetó nada con excepción, claro, de unos cuantos desfacedores de entuertos, entre ellos el que escribe.

En una crónica que escribí en esos días y que apareció en el periódico El Sudcaliforniano, dije: “De cierto, la publicidad y el conocimiento de nuestro estado siempre da buenos dividendos para la industria sin chimeneas que es el turismo. Pero que para ello se dé falsa información en vez de beneficiar perjudica porque ¿Dónde van a encontrar un lugar que se llame Baja Sur? Lo correcto sería “Destination Baja California Sur”.

Pero hay cierta maldad en estos descubridores de las bellezas de nuestra entidad. Saben de la fuerza tremenda que tienen los medios de comunicación y de cómo se difunden en cuestión de segundos por todo el mundo. Saben que el nombre correcto de nuestro estado es Baja California Sur, pero les da escozor pronunciarlo y prefieren modificarlo para conveniencia de ellos y de los que anhelan todavía apoderarse de esta región de México.

De nada sirven las reiteradas protestas de socalifornianos bien nacidos, de intelectuales, periodistas y escritores, que miran con desesperación como las autoridades que pueden poner remedio a este atentado, se hacen como el tío Lolo, miran llover y no se mojan, les importa un carajo la historia y las tradiciones de nuestra tierra.

Y todo por las conveniencias de un turismo transnacional al que hay que guardarle todas las consideraciones aún a costa de la pérdida de nuestra soberanía. Y poco a poco se van introduciendo como la humedad. Pueblos tradicionales como El Triunfo ahora organiza competencias de Trail Run y MTB y Loreto, la antigua capital de Las Californias lleva a cabo un Domi Run.

Imagino a un habitante de Asia o África preguntando ¿Dónde está Baja Sur? Le dirán que en México y que es una península en la que se encuentran los pueblos de Cabo San Lucas, San José del Cabo y La Paz. Y así la conocerán a menos que nuestro gobierno, poniéndose las pilas, aplique sin distinción lo estipulado en el decreto que prohíbe el uso de otro nombre que no sea el de Baja California Sur.

Y aquí la pregunta clave: —¿Que importa más, alcahuetear al turismo dejando que extranjeros como el gringo Boyce atente contra nuestra identidad? ,o defender, como lo hemos hecho en el pasado, esta querida tierra, so pena de que en pocos años pierda su nombre original y comience a llamarse Baja Sur?.

Que quede claro, no estamos en contra del crecimiento económico y social de nuestro estado. Todos los sectores, incluyendo el turismo, deben coadyuvar a lograrlo. Pero lo que rechazamos es que en aras de ese crecimiento se olviden nuestras raíces y no se respeten los símbolos que nos identifican como es el caso del nombre de nuestra entidad: BAJA CALIFORNIA SUR.

Abril 9 de 2016.

UN TORO ALZADO Y UNA GÜERA CORRELONA

El domingo pasado me invitaron a pasar el día en un paraje en la orilla del cauce de un arroyo, allá por un lugar conocido como El Saltito, por el rumbo del hotel Las Cruces. Cerca de la playa nos internamos en una brecha y después de unos 500 metros llegamos al improvisado campamento donde nos esperaba mi hija Virginia y otra familia.

Debajo de unos palos blancos tenían las provisiones y a un lado un fogón en el que se preparaba el desayuno y el infaltable café de talega. Al rato estábamos disfrutando de una rica machaca de pescado acompañada de tortillas de harina y un buen trozo de queso.

Me extrañó que no hubieran pernoctado en la playa como es común, pero como la prudencia mantiene amistades, me abstuve de preguntar. Fue lo mejor, porque al rato Pancho, un ranchero que nos acompañaba, y otro conocido como El Tomate, me invitaron a conocer una poza localizada al final del arroyo.

Conforme avanzábamos el cauce se fue haciendo angosto flanqueado por altas paredes de roca que bien medían unos cincuenta metros de alto. Casi al llegar, pasamos por un corral construido a todo lo ancho del cañón, —unos veinte metros— con su correspondiente portón. Al final, entre un nido de rocas estaba la poza. Y de lo alto escurría un delgado hilo de agua que la mantenía llena.

Y fue entonces cuando supe el porqué del paraje en ese lugar. —“A este corral le llamamos falso—me comenzó a explicar Pancho. Aquí llegan las reses alzadas a tomar agua y entonces las encerramos para devolverlas a sus dueños”

—Pero, ¿A qué le llaman reses alzadas? le pregunté. —Bueno— me contestó —son los animales que se van de los ranchos y ya no vuelven. A veces pasan dos o tres años remontados e incluso muchas vacas tienen crías que crecen sin tener dueño. A mí —

continuó— los dueños me pagan por localizarlas y éste es un buen lugar para atraparlas, porque llegan aquí en busca de agua.

—Oye— le replique —pero el paraje está lejos de este lugar. ¿Cómo te das cuenta cuando llegan a la poza? —“Es que todos los animales pasan por este lugar cuando bajan de la sierra. No hay otro camino”. Y con esta explicación se dirigió a nuestro vehículo que nos llevaría de regreso al campamento.



Pancho enfrentando al toro alzado. Un rancharo valiente.

Estábamos en palique después de la comida, cuando de pronto Pancho se levantó apresurado diciendo: —¡Ahí va uno! Tomó una reata y corrió para alcanzar al animal. La señora que nos acompañaba, quien es propietaria de un rancho, corrió tras él con la mala fortuna que el toro cuando la vio se regresó y trató de embestirla.

—“Patatas para que las quiero”— ha de haber pensado y emprendió veloz carrera por entre la arena del arroyo. Con el toro detrás de ella ya no corría sino volaba. Cuando parecía inminente la cornada, de pronto apareció un perro que se interpuso y con fuertes ladridos hizo que el animal se desviara. Era El Guante, un perro que utilizaba Pancho para acorrallar las reses montaraces.

Después de lazado, ahora sí con la ayuda de la Güera y el Tomate, lo atrincaron en un palo verde en espera del dueño. Era un animal bravo, por lo que costó mucho trabajo

subirlo a la *trailer*. Pero al fin el dueño se fue con su toro pensando en los veinte mil pesos que recuperó.

—“Valió la pena —me dije —haber venido a este lugar”. Aunque por otro lado, me causó indignación darme cuenta de que para llegar a ese paraje tuvimos que detenernos en un portón de recia estructura, cerrado con un candado. Para abrirlo hay que pedirle permiso a una familia extranjera que tiene una residencia cercana a la playa.

De regreso a La Paz, ya por la tarde, encontramos varios vehículos que se dirigían a las playas de ese lugar. Tuvieron que regresarse pues encontraron cerrado el paso. Es ya una propiedad privada.

Abril 12 de 2016.

UN NAVEGANTE Y EL GALEÓN SAN SALVADOR

Puede ser que en los próximos meses tengamos la oportunidad de ver anclado en el muelle fiscal de nuestra ciudad, la réplica de un galeón que utilizó el navegante y explorador Juan Rodríguez Cabrillo, en el año de 1542. Y eso porque el Museo Marítimo de San Diego lo construyó atendiendo a los documentos y planos que existen en España.

Aunque tienen planeado que esa embarcación recorra los lugares que visitó Cabrillo en el hoy estado de California, quizá exista la posibilidad de que llegue hasta nuestra ciudad, dado que fue el primer puerto al que llegó este navegante, a fin de iniciar su recorrido por toda la costa del Océano Pacífico.

Carlos Lazcano Sahagún, autor de un libro titulado “Más allá de la Antigua California, La navegación de Juan Rodríguez Cabrillo, 1542-1543”, dice que al iniciar su viaje lo hizo en dos embarcaciones más bien pequeñas, una la San Salvador que desplazaba unas 200 toneladas y la otra, una fragata llamada Victoria.



Galeón San Salvador utilizado por Juan Rodríguez Cabrillo en su recorrido por las Californias.

Con ellas recorrió toda la costa de la península y llegó a la altura del puerto de San Diego. Aunque él murió en el mes de enero de 1543, su tripulación navegó más al norte hasta llegar cerca de los límites de los estados de California y Oregon en el paralelo 41 grados. Después, debido al mal tiempo, el cansancio y la falta de alimentos los obligaron a retornar al puerto de Navidad, adonde llegaron en el mes de abril de 1543.

Ahora, con esa noticia de la construcción del galeón, me recuerda que hace ya varios años, creo en la administración municipal del licenciado Alfredo Porras, se hizo el intento de construir una de las carabelas que usó Hernán Cortés cuando vino a la península y fundó el Puerto y Bahía de Santa Cruz, un 3 de mayo de 1535.

La idea era utilizarla en ese día todos los años, en una representación simbólica del arribo de Cortés a tierras californianas. Pero el proyecto quedó como tal por falta de recursos económicos y por no contar con los planos originales de esas embarcaciones. Aunque, y eso era una posibilidad, el astillero de Abaroa lo pudo construir pues para eso se pintaban solos.

En cambio, al menos en años anteriores, el desembarco de los expedicionarios españoles se hacía por medio de una panga de 24 pies o más y, aunque usted no lo crea, impulsada por un potente motor fuera de borda. Y en la orilla lo esperaba la reina Calafia

con todo su séquito, dándole la bienvenida con cantos y danzas. Tergiversación de la historia, no cabe duda.

Porque en la realidad no tuvieron ningún recibimiento, pues los indios estaban resentidos con ellos, por los abusos que cometieron Fortún Jiménez y sus hombres cuando llegaron a la península. Lo pagaron caro, pues la mitad de ellos murieron flechados por los pobladores de esta región.

Pero en lo que toca a Rodríguez Cabrillo, nos parece extraordinario que en la California americana se le recuerde de diversas maneras, como en una estampilla postal con su efigie y un monumento en la ciudad de San Diego. Aunque también en Ensenada se le brinda reconocimiento por haber sido el descubridor de ese lugar al que le dio el nombre de Puerto de San Mateo.

Aquí en nuestra ciudad de La Paz adolecemos de monumentos dedicados a los navegantes y exploradores que llegaron a Baja California. Nos hace pensar que es una parte de la historia que no merece recordarse. Y es al contrario: gracias a ellos fue posible conocer, desde el siglo XVI, una región que formó parte de México y al paso de los siglos lo sigue siendo.

Hombres como Hernán Cortés, Francisco de Ulloa, el mismo Juan Rodríguez Cabrillo, Francisco de Ortega, Sebastián Vizcaíno e Isidro de Atondo y Antillón merecen un lugar de honor en nuestra centenaria ciudad.

Tendrá que llegar el momento en que el bulevar Forjadores de Sudcalifornia justifique su nombre, cuando a todo lo largo de él luzcan egregias las figuras de las mujeres y hombres que han contribuido al engrandecimiento de esta tierra. ¿Será posible?

Abril 19 de 2016.

LOS VENEROS DEL DIABLO EN BAJA CALIFORNIA

Hace una semana, un funcionario del gobierno federal declaró que en la península de la Baja California y en el Golfo existía petróleo y que se tenía como una reserva para el futuro. Al menos así lo demuestran los trabajos que llevaron a cabo las brigadas de PEMEX allá por los cincuenta del siglo pasado.

En el valle de Santo Domingo, en la zona de La Purísima y a la altura de Las Pocitas estuvieron varios meses realizando exploraciones bajo tierra y los pozos que perforaron los clausuraron con materiales de fierro y cemento. Todavía se pueden observar, aunque algunos quedaron en propiedades privadas. También se efectuaron muestras en el Golfo de California, por la zona de la isla de Cerralvo.

Los jefes de las brigadas nunca dieron explicaciones sobre los resultados de esos trabajos. Levantaron sus campamentos y de seguro los informes los rindieron a la gerencia de Petróleos Mexicanos, en la capital de la república.

Resulta extraño que sea ahora cuando se divulgue la existencia de petróleo en Baja California. Aunque con eso de la reforma energética que da oportunidad para que empresas extranjeras participen en la explotación del oro negro, no sería casual el querer convertir esta región en un gran campo petrolero con la intervención de compañías petroleras norteamericanas y europeas.

La idea en sí puede ser benéfica para el desarrollo del estado, dada la gran estructura económica y social que significaría esa industria. Pero, por otro lado, entrañaría un serio peligro al conceder la entrada del capital extranjero y los numerosos equipos humanos que emigrarían a nuestra península. Y eso sin contar el enorme interés que siempre se ha tenido para adueñarse de esta región de nuestro país.

Según el anuncio, la explotación de este valioso recurso, si se autoriza, tendrá que someterse a los lineamientos de las áreas naturales protegidas, como son los casos del propio Golfo de California y las que se crearán en la región norte de nuestro estado. Aunque, al modo viejo, les valdrá lo que el viento a Juárez, aduciendo que es por el bien de la nación.

Por sí o por no, es aconsejable que los habitantes de nuestro estado y del vecino del norte adquieran amplia información de cómo se la mascan las compañías transnacionales en eso de apoderarse de las riquezas de nuestro país. Harán bien en leer el libro de Francisco Martín Moreno “México Negro” que narra la historia de los orígenes de la explotación petrolera en los estados de Veracruz y Tamaulipas.

En el año de 1995, el maestro Ángel J. Hermida Ruiz, me obsequió un libro titulado “La batalla por el petróleo en Veracruz” que no tiene desperdicio. Dice en él que las compañías que se establecieron crearon muy serias dificultades a nuestros gobiernos y explotaron sin medida a nuestra riqueza y a los trabajadores mexicanos, al grado de que un presidente de la república, Plutarco Elías Calles, lamentó que México hubiera tenido petróleo. Fue por eso también que el poeta Ramón López Velarde, en su hermoso poema “Suave Patria” expresara: “El niño Dios te escrituró un establo/ y los veneros del petróleo, el diablo.”

Y por coincidencia, la semana pasada Sandino Vázquez, de la coordinación de Fomento Editorial del Instituto Sudcaliforniano de Cultura, me regaló el libro “El cronista” de José Ángel Riquer; y cuando lo empecé a leer me di cuenta que su contenido se refiere al comienzo de la explotación petrolera en la zona rural de Las Choapas, en el estado de Veracruz.

Así es que debemos tener mucho cuidado con eso del petróleo. Sin ánimos de poner en tela de juicio la reforma energética, creo saludable que se piense en las opciones que ofrece nuestro estado para continuar con su desarrollo como son el turismo, su industrialización y la pesca.

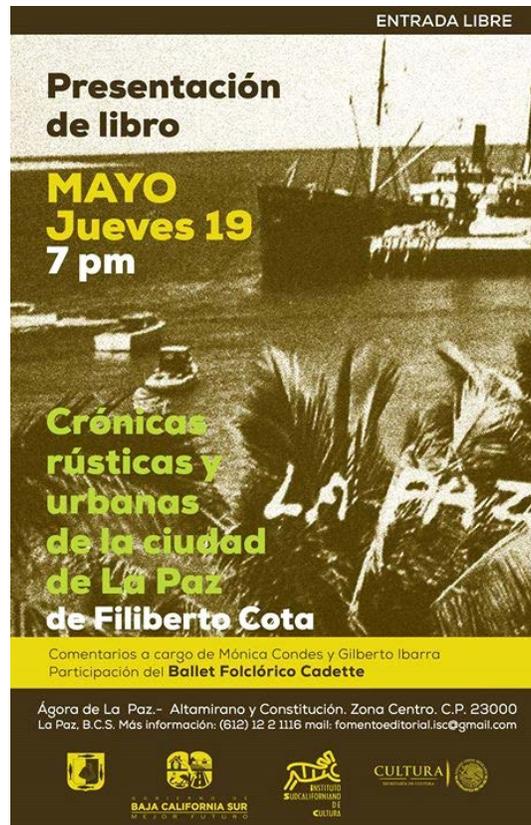
Abril 20 de 2016.

LA PAZ Y SUS CRONISTAS

Va para cinco años que el buen amigo Ramón Silva me obsequió dos casetes grabados con sus recuerdos de la ciudad de La Paz. En ellos habla de los taxistas, de las panaderías, de los peluqueros, de las tiendas, de los barrios y de otras cosas que guarda en su memoria.

Ramón se remonta a los años cuarenta y cincuenta y realmente son un testimonio de esos tiempos que, como dice una canción “se fueron para no volver”. Por cierto me platicó que la mayoría de sus relatos aparecieron en un periódico pero que no lo había conservado. Así es que el contenido de las cintas grabadas bien merece que se conozca por medio de la letra impresa.

Y hago mención del “Negro” Silva, como se le conoce, porque hace poco salió publicado un libro por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura que hace referencia a una época más reciente y cuyo autor es el arquitecto Filiberto Cota. Con el nombre de “Crónicas rústicas y urbanas de la ciudad de La Paz”, este escritor recrea sucesos y personajes, incluyendo anécdotas de su niñez y algunas costumbres de esos años que se fueron.



Pero al menos, existe ese libro de Filiberto. Como un folleto del periodista Rogelio Olachea que publicó en el año de 1973, que es un compendio de relatos, cuentos, leyendas y anécdotas. Otros cronistas como Manuelita Lizárraga, Mario Guadalupe Fernández Caro y Rodolfo Aguilar Salgado, que han hecho referencia al pasado de nuestra ciudad, no han tenido la oportunidad de ver publicado sus escritos en una obra impresa.

Desde luego, merece especial mención Rosa María Salgado Mendoza, autora del excelente libro “Crónicas de mi puerto” que abarca el período de 1830 a 1959. De él dijo Francisco Arámburo Salas en el prólogo: “Los atractivos párrafos de Rosita, con su memoria casi fotográfica y la consulta atinada y cuidadosa de sus archivos, nos dan una clara idea de cada lugar, como una fiel muestra de su conocimiento asombroso de lo que la rodeaba en aquel tiempo, enriquecido además con la amenidad de su estilo, de una inteligencia notable y de una innata facilidad de palabra...”

A propósito de Paco Arámburo, es notable el interés que siempre ha tenido por dar a conocer aspectos del pasado no sólo de La Paz sino de toda nuestra entidad. A través de su

libro “Siluetas de Sudcalifornia” y de sus videos, ha hecho remembranzas de hechos y personajes, haciendo énfasis en los hermosos paisajes de nuestra tierra.

No podemos olvidar a Gilberto Piñuelas Bañuelos y el grupo que conforma el Colectivo de Historia Urbana los que, a través de libros y artículos periodísticos han dado a conocer muchos aspectos del pasado de La Paz. Pero, de manera sobresaliente, su preocupación por conservar la imagen de nuestra ciudad representada en sus monumentos y el reconocimiento del centro histórico.

En su libro “Historia gráfica de la ciudad-puerto de La Paz” hace alusión a los mapas, planos y fotografías de nuestra capital con detalladas explicaciones de cada uno de ellos. Con alumnos de la UABCS y del Centro de Información Municipal publicaron, en el año de 2006, seis libros que llevaron el título de “Imágenes, Crónicas y Tradiciones Paceñas”.

Lo mismo podemos decir de Eligio Moisés Coronado, un cronista de toda la vida. En los últimos años ha publicado más de 300 artículos relacionados con la historia de La Paz y del estado. Ha sido cronista oficial del gobierno de la entidad y hasta hace menos de un año lo fue del municipio de La Paz.

Gracias a estos divulgadores del pasado de nuestra ciudad ha sido posible mantener muchas de sus costumbres y tradiciones, aunque a mi juicio, han constituido una barrera que se opone a dejar en el olvido lo que ha sido La Paz a través del tiempo. Una barrera que llama al orgullo de vivir en una ciudad centenaria en la que los paceños, a través de muchos años, la han conformado a su imagen y semejanza.

En el futuro, seguramente otras personas convertidas en cronistas, continuarán trayendo al presente los hechos y personajes del ayer, tal como lo han hecho los escritores que se han mencionado. La historia de nuestra ciudad merece ser recordada; es lo menos que podemos hacer para un lugar que nos ha dado cobijo durante tantos años.

Abril 26 de 2016.

COMO CHAYITO NO HAY DOS

Para los niños y los jóvenes su nombre se ha convertido en una leyenda. Para los que ya peinamos canas su recuerdo es la de una mujer que llegó a la ciudad de La Paz y se enamoró de sus atardeceres y le cantó ilusionada a su belleza, semejante a las perlas que antaño adornaban su bahía.

Antes de ella dos residentes de nuestra ciudad —Margarito Sáñez y Luis Peláez— dieron a conocer una canción de su inspiración que llegó a considerarse el himno de Baja California. En los años cincuenta ya la cantábamos siendo estudiantes de la Escuela Normal Urbana. Así empezaba: *Costa azul, tropical/ California mujer indolente/ es tu cielo tan ardiente/ y tu suelo fecundo y sensual.*

Con el paso del tiempo muchos compositores han dedicado sus canciones a nuestra ciudad. Y muchos intérpretes como los Hermanitas Flores y las Hermanas Huerta las han divulgado a nivel nacional. Aunque ahora poco se difunden, todavía recordamos a Francisco Arámburo y su “Paceñita; a Rogelio Olachea con su “Rinconcito de La Paz”; Aurora Flores con “Paraíso oculto” y Tomás Méndez autor de “Golondrinas de La Paz.

“Puerto de Ilusión” nació con buena estrella. Gracias a la inspiración de Rosario Morales Rodríguez, más conocida en el medio artístico como Chayito Morales, esta hermosa canción fue estrenada en nuestra ciudad en el año de 1953 y desde entonces ha tenido un éxito inusitado. Fue el 3 de mayo de 1966 cuando, por motivo de celebrarse la fundación de La Paz, el programa radiofónico La Hora Nacional grabó y difundió esta canción en las voces de las Hermanitas Flores, Aurora y Balvina.

Por cierto, en ese programa se incluyó el corrido “Santo Domingo” interpretado por Chayito, acompañada del trío Los Madrigales. Es la presencia de una mujer en el imaginario colectivo de los sudcalifornianos que sin quererlo logró, a través de su inspiración, que Baja California Sur fuera escuchada en todo México, incluso en otros países del mundo.

Pero Rosario fue agradecida con la tierra que la acogió durante muchos años. Se dio tiempo para componer varias canciones. Además de Puerto de Ilusión y Santo Domingo, escribió y le puso la melodía a Tierra Guaycura, Brisa del Mar, Huella en el Alma y Buscador de Amistad.

En el mes de octubre de 1999, el gobierno del estado y la Asociación de Actores, Compositores e intérpretes, A.C. le ofrecieron un homenaje que tuvo lugar en el Teatro de la Ciudad. Ahí, con la emoción del momento, Chayito cantó Puerto de Ilusión acompañada por el mariachi Peninsular. Además estrenó una composición dedicada a uno de los pueblos más tradicionales de nuestro estado, a la que llamó “Mi San Ignacio hermoso”.

Desafortunadamente no poseemos la letra ni la melodía de ella.

De buena fuente sabemos que el XVI Ayuntamiento de La Paz le hará un reconocimiento con motivo de los festejos, en el próximo mes de mayo, de la fundación de nuestra ciudad. Será una buena oportunidad para escuchar de nueva cuenta sus composiciones, sobre todo aquella que es considerada como un símbolo de nuestra tierra, y que empieza así:



Chayito Morales con el Profesor Leonardo Reyes Silva

La noche se aleja ya/ empieza a salir el sol/ y las gaviotas vienen de lejos/ cruzando mares/ buscando amor//. También con el corazón/ cansado de navegar/ llegué a estas playas tibias y claras/ y anclé mis ansias para soñar//.

Rosario Morales falleció hoy, 3 de mayo, en la ciudad de Guadalajara. Con sus 93 años sentía la nostalgia de la ciudad a la que le cantó y siempre la recordaba susurrando: — “Eres como una perla que el mar encierra, así te guarda mi corazón...”

Yo tuve el privilegio de conocerla y disfrutar de su amistad. Por eso, ahora que ha desaparecido de este mundo y en reciprocidad a su gran calidad de artista, debemos hacerle un reconocimiento póstumo tal como son las intenciones del XVI Ayuntamiento de La Paz. Y que el cabildo apruebe que un parque, un jardín de niños, una calle lleven su nombre. ¿Será mucho pedir un monumento en su honor?

Mayo 3 de 2016.

**UN REVOLUCIONARIO CIVIL:
MODESTO C. ROLLAND**

Con ésta son tres crónicas que escribo sobre la vida y la obra del ingeniero Modesto C. Rolland. La primera en el 2007 que apareció en mi libro *Narraciones de Ayer y de Hoy*, y la segunda en el libro *Pasado y Presente de Sudcalifornia* el que próximamente lo editará el Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

En la primera crónica que llevó por título *¿Quién fue Modesto C. Rolland?*, hago mención de lo poco que se sabe de este personaje que llegó a ocupar altos puestos en la

administración pública y fue el constructor de varias obras arquitectónicas, entre ellas la Plaza México y el Estadio de la ciudad de Jalapa.

Posteriormente, gracias a la información de un sobrino suyo, el también ingeniero Modesto Rolland Constantine, conocimos más de este sudcaliforniano, cuya obra es reconocida a nivel nacional e internacional. Por cierto, su pariente está por publicar un libro que reúne toda la vida y la obra de su abuelo.



Modesto C. Rolland

Creo que no cometo una indiscreción al referirme un poco a su participación en la vida política, especialmente en los años de 1913 a 1915, cuando nuestro país se vio envuelto en una guerra intestina debido al asesinato del presidente Francisco I. Madero. La lucha en contra del espurio presidente Victoriano Huerta fue encabezada por Venustiano Carranza, Villa, Obregón, Zapata y otros caudillos más.

En 1913, Rolland ocupaba un cargo en el gobierno de Madero, pero debido a su posición radical en contra del usurpador Huerta fue encarcelado. Gracias a la influencia de algunos amigos lo dejaron libre y entonces se dirigió al norte del país con el objeto de

entrevistarse con el señor Carranza. En efecto, en el mes de octubre de 1914 tuvo contacto con él y se puso a sus órdenes.

El jefe de la revolución lo comisionó en el consulado mexicano en los Estados Unidos y desde ahí se encargó de divulgar y justificar el movimiento armado en contra del gobierno *huertista*. Se dio tiempo para publicar un boletín bisemanal llamado “Cartas Mexicanas” que distribuía a 500 periódicos de la unión americana. En este medio informativo explicaba el significado de la revolución y los planes de reconstrucción y pacificación del país. Por supuesto, el presidente Wilson y los miembros del congreso estaban enterados de este boletín.

Cuando la revolución triunfó, el ingeniero Rolland regresó a la ciudad de México y junto con otros partidarios, entre ellos Salvador Alvarado y Gerardo Murillo (el doctor Atl), fundaron un partido político afín al gobierno al que llamaron Confederación Revolucionaria. Una de sus principales acciones fue plantearle a Carranza la necesidad de que todo mexicano tenía derecho a la posesión de la tierra.

Meses antes Rolland había dictado una serie de conferencias sobre la cuestión agraria y los medios prácticos para resolver el problema. De seguro le sirvió de antecedente el libro de don Andrés Molina Enríquez “Los grandes problemas nacionales” escrito en 1911 en el que trata el problema de la propiedad de la tierra.

Cuando el gobierno designó al general Alvarado como gobernador del estado de Yucatán, Rolland lo acompañó en su calidad de responsable de la Comisión Local Agraria que tenía el propósito de llevar a cabo la reforma agraria en esa región. Nomás que esa política de entregar la tierra a los campesinos no fue del agrado de Venustiano Carranza quien opuso trabas a su ejecución.

Al mismo tiempo, el mismo gobernador Alvarado nombró a Rolland como gerente del Departamento del Petróleo, habida cuenta de sus grandes conocimientos que tenía sobre su explotación en nuestro país. En ese puesto hizo severas críticas a las compañías extranjeras que abusaban de los trabajadores sin concederles derechos. Además insistió ante

el gobierno que era urgente la nacionalización de la industria petrolera y la construcción de oleoductos y refinerías.

Resulta interesante leer el contenido de estos manifiestos, tanto de la propiedad de la tierra como del petróleo. Reflejan el sentir y el patriotismo de un hombre de su tiempo el que, no obstante ser civil, participó activamente en la reconstrucción del país aportando su experiencia como ingeniero y revolucionario de los buenos.

Mayo 9 de 2016.

POR FIN: ARCHIVO MUNICIPAL DE LOS CABOS

Una buena noticia apareció ayer en el Sudcaliforniano. El ayuntamiento de Los Cabos aprobó la creación del Archivo General Municipal y las próximas gestiones para que, con recursos federales, se construya el edificio de esta institución cultural en San José del Cabo.

Tiene razón el presidente municipal cuando dijo que “el poder preservar datos y documentos es un paso muy importante para el desarrollo de nuestro municipio; con ello podremos recurrir a la información cada vez que se requiera, ya sea como servidor público o como ciudadano...”

Aunque la antigua Delegación de San José del Cabo se remonta a los años treinta, lo cierto es que es a partir de 1980, cuando se transforma en municipio, comienza a generar documentación propia de las diversas dependencias del ayuntamiento.

Así es que ya son 35 años durante los cuales la administración de ese municipio produjo infinidad de documentos importantes que, lamentablemente, no se han conservado por la falta de una institución como el archivo municipal.

Algo semejante le ocurrió al Archivo del municipio de La Paz, porque cuando se fundó en el 2007 y se trató de recuperar documentos de los ayuntamientos anteriores, solamente se localizó una mínima parte de seis años atrás. Como no hubo una institución receptora, sencillamente se enviaron al basurero o se quemaron.

Es buena la intención del presidente municipal de Los Cabos. Pero sin esperar la construcción del edificio que albergará al Archivo—que puede llevar tiempo—de inmediato pueden elaborar el reglamento respectivo y ocupar un local propio o rentado e instalar en él las oficinas de esa institución archivística. Y comenzar a recabar documentación, sobre todo de la que se tiene más a mano, como la que se generó en la administración municipal pasada.

Las experiencias que se tuvieron cuando se creó el Archivo General Municipal de La Paz pueden servir de mucho para la organización del de Los Cabos, sobre todo en la depuración de documentos y la recepción y catalogación de los mismos. Y efectuar reuniones con los responsables de las diferentes dependencias a fin de que la documentación generada sea conservada y clasificada y se remita en su oportunidad al Archivo General.

La creación del Archivo General Municipal, —no histórico— de Los Cabos, debe ser un acicate para los ayuntamientos de Comondú, Loreto y Mulegé. Aunque sabemos que Mulegé y Loreto tienen los suyos, lo cierto es que no funcionan de acuerdo a las normas establecidas por el Archivo General de la Nación. Al menos no forman parte del organigrama municipal, como debiera.

Es una verdadera lástima que la memoria histórica de los ayuntamientos no se haya conservado. Al menos en el de La Paz fue posible rescatar las actas de cabildo desde el año de 1972, fecha en que comenzó a funcionar el primer ayuntamiento, bajo la presidencia del

ingeniero Alfonso González Ojeda. Y también los informes de gobierno de los quince ayuntamientos que han dirigido el municipio paceño.

Pero no hay nada mejor que los documentos. A través de ellos se obtiene una visión clara de una buena o mala administración, en especial en los servicios públicos y el uso de los recursos financieros. Al revés de las suposiciones, las fuentes documentales son los mejores caminos para la verdad, y son los investigadores que acuden a los archivos los que pueden dar a conocer los errores o aciertos de los ayuntamientos. Pero, además, los documentos son guías que pueden favorecer el mejor manejo de una administración cuando ellos son el resultado de un buen gobierno.

Así es que bienvenida la noticia de la próxima creación del Archivo General del Municipio de Los Cabos.

Mayo 17 de 2016.

VALENTÍN CASTRO Y LA SUDCALIFORNIDAD

El pasado 21 del presente mes de mayo, el Instituto municipal de cultura y las artes de Los Cabos, organizó el Primer Plenilunio Rural con la participación de las delegaciones de Miraflores, Santiago y La Ribera. Lo interesante es que este evento cultural se efectuó a un lado de la carretera, entre Santiago y Miraflores, donde se encontraba un globo terráqueo que señalaba el paso del trópico de cáncer.

Actuaciones artísticas, —taller de música, el ballet TAMMIA, declamadores— muestras de artesanías y comida regional, fueron un complemento ideal que captaron el interés de las personas que asistieron a este primer plenilunio rural.

En su oportunidad, el escritor Domingo Valentín Castro Burgoin intervino con la lectura de una crónica a la que llamó “Vivir, para morir en la tierra” dedicada a su padre Saturnino Castro Sáñez y familiares. Es una excelente pieza oratoria que hace referencia a la vida de los rancheros y su apego a la tierra, pese a los agobios de las sequías, del abandono de los hijos y las falsas ilusiones de una vida mejor en las zonas turísticas.



Castro Burgoín con palabras francas se refiere a la propiedad de la tierra, en especial la que corresponde a los ejidos. Y reafirma lo que otros han escrito al respecto, desde que en mala hora el gobierno federal autorizó el Programa de certificación de derechos ejidales y titulación de solares. PROCEDE. Amparados en ese programa, los ejidatarios comenzaron a vender sus tierras al mejor postor, y fueron los extranjeros los que por medios no muy legales, adquirieron las que se encontraban frente a las playas.

Y lo mismo sucedió con las propiedades rústicas las cuales por muchos años atrás pertenecían a los rancheros. Afortunadamente, dice Valentín, en regiones como las de Santiago y Miraflores existen propietarios que se niegan a vender sus tierras, aferrándose a ellas como un patrimonio que se debe conservar. Se justifican diciendo que “no queremos traicionar a las tierras de mis padres, de mis abuelos, de la tierra que me vio nacer...”

Pero el mal ya está hecho. En el año de 1998, la investigadora de la UABCS, María Luisa Cabral Bowling alertó sobre el acaparamiento de los terrenos costeros por medio de los famosos fideicomisos los cuales, hasta 1992 sumaban 395, la mayor parte en la región del municipio de Los Cabos.

Aunque esos fideicomisos tienen un plazo de 30 años, lo cierto es que la renovación de ellos puede ser indefinida, lo que los convierte—dice la autora—en derechos permanentes de los extranjeros sobre el territorio nacional. Y sigue diciendo. “Esta situación es especialmente grave en el caso de la península, pues como ya lo hemos visto es una zona que históricamente ha estado en la mira de los Estados Unidos, de tal forma que su cercanía con esta nación y su aislamiento del resto del territorio nacional, la hacen muy vulnerable...”

Y ahora que gran parte de las costas de Baja California Sur están en manos extrañas y que el auge turístico va en aumento propiciando que se siga con la pérdida de nuestro patrimonio, es válido pensar que no basta conservar las costumbres y tradiciones de los pueblos, sino tomar medidas urgentes para evitar que los dueños de la tierra puedan venderlas atraídos por una engañosa riqueza.

Porque, mientras existan funcionarios apátridas que poco les interesa la pérdida del territorio nacional, el problema continuará y los extranjeros seguirán adquiriendo las tierras costeras de Sudcalifornia. Pero lo peor no es eso, ahora lucran con ellas en un negocio inmobiliario que les reporta grandes ganancias. Basta ver las revistas y anuncios clasificados donde ofertan casas, condominios y aún terrenos que pasan de unas manos a otras a precios millonarios en dólares.

Pero no todos los extranjeros son así. Los visitantes, verdaderos turistas y los residentes que han hecho su hogar en nuestra tierra, siempre serán bienvenidos. Estos últimos, de alguna manera, contribuyen al mejoramiento comunal y aportan sus buenos deseos para afirmar la cultura de los lugares donde radican. Los otros, los especuladores y los neocolonizadores deben ser rechazados por nuestro pueblo.

Y claro, esta defensa, como lo dice Valentín, son destellos de Sudcalifornidad.

Mayo 27 de 2016.

Aconteceres de Baja California Sur fue editado, impreso y encuadernado en la ciudad de La Paz, Sudcalifornia, México en el invierno de 2016. Tiraje 300 ejemplares.